

único pez a mí, oye, me relaja, la linda lamparita art decó que ¿nouveau? se pregunta pero se responde que decó, decó y sin sa berlo acierta pero tuvo que devolverla a su lugar de origen porque allí no había enchufe.

"Ahora borda a petit point - aunque ella no lo sabe - que para qué en el fondo pero tampoco importa - muy pertrechada de sus gafas con cordoncito y todo - porque la vena del bordado le entró hace unas semanas y se le pasará, seguro, antes de ter minarlo. Sí, ayer por la tarde ya iba por la segunda hojita dimi nuta y sabes cariño:

-¿Sabes, cariño, a quién...?".

Pero, no. El vicio del petit point la primera vez no lo tenía, no todavía, o al menos aquella mañana no se había en tregado a su labor porque no se veían, sobre el sofá, ni el cos turero ni los hilos de colores ni las tijeras ni el dedal ni la lupa de contar los hilos; ninguno de los pertrechos con que ela borar los primorosos pañitos que, decía, colocaría después sobre los respaldos y brazos del tresillo así no se rozan y él había pensado ¿tantas puntadas tú? pero sin decir nada porque ella le hubiera respondido ya verás, que ya vería, y de todos modos lo que él sí sabía es que iba a ser más efectivo dejar que se des engañara por sí sola.

Emitió una tosecilla desganada.

Más que tosecilla uno de esos carraspeos que acompañan a las indecisiones que terminan viniendo a solventarse por media ción del golpe seco de una puerta al cerrarse por causa de una corriente de aire o el timbre del teléfono que está asumido sí pero no previsto que tenga que sonar justo ahora que puede determinar un después de u otro totalmente distinto. ¡Había tantas posibilidades de que cualquier imprevisto aconteciese!. Pero pasaban ya unos diecisiete segundos desde que carraspeará - los cronometró en su pequeño reloj joya de pulsera, muy pequeño y muy antiguo; lo llevaba puesto desde jovencita, algo más de trein

ta años, poco más, con el margen de error ineludible al hecho de que la distancia requerida para enfocar con precisión era ya algo más larga que su brazo, sólo algo, pero diecisiete grosso modo porque siempre le gustaron las lenguas y sobre todo, por que también de siempre le gustó ser precisa, las que se llaman vivas - y no parecía que hubiera eventualidad por los contornos arremangándose las sayas por echar a correr presurosa en su auxilio; que ninguna puerta se cerró de golpe y el teléfono allí continuaba: empecinado en no sonar.

Qué gente tan desagradable, pensó, y, en voz alta, como hablando sola, añadió:

-Pero si estoy sola y metida en la ducha entonces sí que se le antoja a todo el mundo.

-¿Decías? - un tono ausente y una ojeada distraída por encima de la montura de las gafas.

-Nada - respondió muy seca con un ligero sacudir de hombros al tiempo que alzaba la cabeza y agitaba el aire con la mano -, cosas mías. Un imbécil que quería venderme productos con gelados y me costó un patinazo que todavía tengo un moflete del ...pompis, mira que fina, todo morado. De espuma hasta las orejas.

-¡Vaya! - otra ojeada distraída y un paso de página del periódico.

Se puso de pie y dio unos cuantos pasos malhumorados por la habitación antes de pararse ante el teléfono e increpar:

-¡Estúpido!

-¿Es a mí? - pero esta vez la vista no se apartó de un titular en letras grandes de la información nacional y el tono de voz continuaba desprovisto de calor.

-No, cariño.

-ah.

Por unos minutos, se supone que fueron minutos, permaneció callada y cruzada de brazos mirando ceñuda, por la ventana abierta, cómo el cielo la miraba a ella desde arriba con una ma

la leche rabiosamente azul y el viento - absolutamente paralítico - no movía ni una hoja.

No hay acta levantada en ninguna notaría de qué pensó en ese lapso de tiempo pero se alberga la sospecha de que sus sentimientos estaban siendo de rencor hacia la corriente de aire que no empujó la puerta por echarle una mano, y se alberga porque se lamentó:

-Y este tiempo, que tampoco ayuda nada.

-¿El tiempo? - el índice de la mano derecha sobre las cotizaciones de bolsa por no perder el renglón y con la izquiera alzando un poco las gafas por mirar hacia afuera - ¡Una primavera preciosa! - y las gafas descendieron, de nuevo, a la nariz.

-¿Una primavera preciosa? - mirándolo con ojos asombrados -, ¡hay que tener humor!; te aqueja una alergia reventona que te tiene estornudando todo el día y con los ojos como los de un besugo y todavía le dedicas piropos. Además...

-Déjame con mi alergia - estornudó -, contigo no se mete - otro aaaachis, y se quitó las gafas.

-Pero...Pero...¿con qué criterio se puede afirmar que esta primavera cabrona es preciosa? - y su tono había ido subiendo y tornándose irritado.

-"Primavera cabrona" - se había vuelto a colocar las gafas; pasó la hoja y alzó las cejas hacia aquella improvisada personificación de la ira que se había ido aproximando y le dedicaba ahora una mirada, inclinada sobre la mesa, de la que salían navajas de Albacete - ¡vaya expresión para una señora! - se despojó nuevamente de las gafas y las cerró con parsimonia depositándolas sobre el diario, en línea perfecta con los renglones -. Y, más - apostilló, con un cierto tonillo de guasa -, una señora que se embelesa con Verdi.

Ella se irguió y ahora su mirada era desconfiada, sus picaz.

-¿Me embeleso? - y en la pregunta, amén de matiz preo

cupado había un tinte borrascoso - ¿Es cierto que hago yo una cosa tan cursi?

-No - aseveró con el semblante tranquilo de quien ni de refilón estuvo tentado de echar leña alguna a ningún fuego -. Peri sí que te gusta Verdi, ¿no?

-Bueno - cruzando los brazos se rebulló complacida y sonrió, que le gustó de siempre vanagloriarse un poco de sus aficiones elegantes como ella las llamaba si bien era consciente de que jamás trascendería esta cualidad suya habida cuenta de que, y ahí en el cajón de su secreter tenía toda la documentación y la normativa con todos sus puntos, el incluir apreciaciones subjetivas en las alusiones a los mencionados no estaba permitido y si su cariño (porque ella siempre le llamó cariño) infringía el reglamento, aun con la mejor intención de ensalzarla, la tal virtud sería, automáticamente, desestimada con un inapelable se suprime -, gustarme sí, mucho, ya lo sabes, pero...pero...- des cruzó los brazos y se rascó la nuca - ¿a qué cuento viene Verdi?

-Pues...- se acompañó del gesto dubitativo del que bus ca no sabe exactamente qué - los materialistas como yo suponemos que los que os deleitais...ino, no. Perdón!...que los espíritus sublimes aficionados a la música sois...exquisitos, delicados, comedidos...o algo así - y una mano algo peluda dibujó en el aire un esbozo amplio y ambiguo de trazo ascendente.

-¿Y qué quiere decir - la mano de ella remedaba el mo vimiento descrito, más marcado -, qué significa ese "algo así"... tan hiriente? -.Y en sus facciones se marcaba una mueca desdeño sa.

-¡Hiriente!...- pareció que iba a estornudar, pero... no - ¿dónde se te ha clavado?.

-En mi susceptibilidad...

-Uf.

-...me molestan las indefiniciones. Y haz el favor de no bufar, que sabes que me da mucho coraje.

-Pero si nada más he dicho "uf".

-Bueno - se arrancó con remilgo un pellejito de una uña -, vale, ¿eh?

-Memita que es ella...- y se colocó las gafas.

Ella le sacó la lengua.

El retomó su periódico y, si bien ahí continúa con él entre las manos, debe de estar ahora siendo una tarde distinta porque sí que cuenta ella hilos, y mira con aprensión a la pastorcita con su cesto colgado del brazo, y al perro, y también al rebaño preguntándose si no van a ser, tal vez, demasiadas puntadas; que tantas ovejas!, y para ella sola...no sabe, la verdad, ya verá, quizás decida quedarse con una o con dos...tres todo lo más y en vez de los pañitos un cojín. Sí, casi mejor y:

-¿Sabes, cariño a quién...? Ah, pero ¡para qué intentaré contarte nada!. No me escuchas. Estás siempre en otras cosas; toda tu cabeza llena de cifras y ecuaciones y símbolos que parece que veo esos incomprensibles caracteres salir por tus orejas y desparramársete por los hombros como si fueran caspa...Claro que, a tí no te haría tanta gracia porque seguro que ni te acuerdas de ella...de...¡como nunca te dignaste prestar atención ninguna a mis amigas!...Dices que son...pero de ésta sí deberías acordarte. Era especial; mas guapa de lo normal, con unos ojos así de grandes y una naricita, y una boca carnosa natural que todavía no se estilaba ese relleno que se ponen ahora; y una cinturita de avispa y un pelo precioso hasta aquí de largo. Todos los chicos la miraban y...ooooh, ¡cariño!, haz el favor de atenderme ¿quieres?, ¡qué nerviosa me estás poniendo, de verdad!... Pero, ¿y si de buenas a primeras te dijese que...?. ¿Lo ves?... Ni caso que me haces.

-Tu amiga aquella que, sí. Aquella criatura tan absolutamente...Muy guapa, sí, pero a mí no me gustaba.

Y cariño se sintió satisfecho de haber andado listo atajando la manifestación verbal de un juicio que "¿para qué ex

presarlo?", se dijo. Él no tenía derecho a recordar en voz alta aquella criatura tan absolutamente odiosa.

-¡Vaya, te acuerdas!, pero...¿cómo puede decir nadie en su sano juicio a mí no me gustaba tratándose de...?...oh, eso nada más puede estar siendo envidia.

-¿Qué otra cosa podría ser?. Envidio su cinturita de avispa y su naricita así.

-No. Tonto. Ya sé que no para tí. Pero que...

-Que no. Que no. Que ese tipo de beldad no me...

-Me la encontré. Siempre decís lo mismo; en cuanto una criatura de la creación es una preciosidad ya estais vosotros diciendo que tonta y tal y cual. En una exposición en la sala March. Me parece despecho.

-¿Qué?

-Esa manía vuestra. Max Ernst.

-Mundus est fábula.

-¿Qué?

-No. Un cuadro. El título.

-Ah. Como yo los títulos nunca los leo.

No. Nunca leyó los títulos: ni de los cuadros, ni de los libros, ni de las películas. Jamás en toda su vida supo prestar atención a nada que tuviera que ver con cuanto a la hora de pretender localizar una idea, una situación, un lugar o un vínculo entre circunstancias pudiera aportarle referencia alguna para que su mundo no fuera una sucesión de secuencias inconexas ensartadas en un interminable hilo.

"La podías oír hablar durante horas sin estar haciendo otra cosa que emitir palabras - nunca tuvo sensaciones de estar desatendiendo tareas urgentes - y estarías viendo, aunque si tú hicieras el intento de agarrarlas no estarías tomando entre los dedos nada, cómo las enfilaba una tras otra con aplicación, obediente tan sólo a cumplir Dios sabe qué misión encomendada por quién sabe qué omnisciente autoridad que ella tampoco se paró nun

ca a cuestionar, como si se tratara de un collar: una perla, una cuenta de coral, un bolita de lapislázuli, un grano de aljófar".

Alguna vez, sí, le dijo "eso no guarda concordancia ninguna" y ella contestó muy tranquila "me importa un pito, una no puede estar en todo. Que busque su ubicación que en alguna parte la tendrá. Seguro" y continuaba enhilando, sin prisa ni pausa, engarzando la observación como una cuenta más. Porque lo utilizaba todo, absolutamente todo, no caigas en el error de su poner que por hacer uso de estructura pensante tan caótica estaba desestimando infinidad de minúsculos retazos de realidad que otros, posiblemente más rigurosos, estarían pasando por alto.

"Nada de eso. Créame. Podría reparar en ridículas inex actitudes que la sumirían en intrincadísimas marañas de cuestio nes que no consentiría en dejar de inspeccionar en tanto no ha ber desvelado la más baladí de las respuestas.

"No. No me he equivocado ni he incurrido en contradicción - puntualiza -: ella, al contrario que el común de los mor tales, no participaba de la opinión que aboga por que en la vida las respuestas a los grandes enigmas hayan de contenerse en expli caciones complejas; al contrario, siempre sostuvo que los mayo res quids no se ocultan bajo inmensas moles de granito que haya que remover a base de grúas y escavadoras sino al cobijo de inad vertidos guijarros que puedes desplazar de un puntapié".

Se la podría culpar de fijarse en demasiados guijarros, quizá, supone, pero "quien sabe si ese no desestimar nada - con sidera - no estaba siendo una forma de posibilitar el que lenta mente se fueran desbastando aristas, cauterizando heridas...aun que, sí, cabe también que se depositaran sedimentos nuevos o se abriesen fisuras que antes no estaban...o no se había tenido cons ciencia de ellas, claro. En fin...no sé", dice.

Tengo la impresión de que en algún momento ha sido di cho el fin de la vida no es desentrañar el Universo; pero no sa bría concretarte, la verdad, si pronuncia la afirmación en su

propio nombre, o se la está atribuyendo a ella, o si la que está pareciendo una afirmación no estará estando abarcada en un con texto que esté implicitando la convicción diametralmente opuesta.

Se me han diluido, sin sentir, el uno en la otra, la una en el otro, ¿o se me diluyeron hace ya mucho tiempo?, entonces, cuando...no, que creo que aquella...¿cómo llamarla?, ¿creencia prodigiosa?...no la oí hasta mucho después. No, ya no lo sé saber, quizá otro y otra, otros ellos, ellos otros. No sé. Ya ni siquiera sabría decirte si dice lo que digo o lo que ha dicho es ella, al contrario que el común de los mortales, siempre sostuvo que...Pero no voy a intentarlo, pretendería sin duda construir la sentencia opuesta por completo y seguiría sin estar convencido de estarte transmitiendo la verdad y, para colmo...él sigue además hablando...

"...muy intrigada - está diciendo, y me hace ahora, recordando, considerar que ahí lo de la tribu no encaja y que es algo que escuché en alguna otra parte o tiempo después - que por qué al abrir el cajón de los cubiertos si lo que quieres es sacar cuchara tirarás siempre de rabo de tenedor; y va a parecerle pueril, pero hice la prueba: quise cuchara y, no siempre, es natural, pero alguna vez sí que salió".

Que cuando se lo contó - dice - ella protestó "es que así no sirve, ¿o te piensas que puedes engañar al azar?; has de tener ya en el plato tu sopa, clarita de fideos y echando humo y lo único que te puede hacer juego es cuchara, ipues entonces es cuando saldrá invariablemente tenedor!".

"Pero le gustaba, ¿sabe?, el cine, digo - habla con los antebrazos apoyados sobre la mesa cubierta de papeles, poniendo y quitando el capuchón a una estilográfica -, el hecho de ir al cine quiero decir, que de la película bien podía no enterarse... ir al cine y mirar la pantalla, antes incluso de que empezara la proyección, figúrese, y comentar siempre me intriga si la realidad o la ilusión no se hacen un lío de cuando les toca dentro o

fuera del rectángulo blanco... y de la película bien podía no enterarse, atenta tan sólo al posible descuido, imposible, que le permitiera ver la cara de sorpresa que pondrían el director y un personaje al encontrarse en un mismo plano y ésta no es tu realidad y ni ésta tu ilusión, forastero... cosas de ella. Yo tiempo atrás decidí ya no acompañarla nunca; que podías notar cómo durante dos horas te estaba clavando el codo en el brazo y, cuando salías, tener la sensación de que cada uno estuvo en sitios distintos.

"Los cines, el zoológico, los grandes almacenes. Todos los lugares donde acuden multitudes de lo más variopinto la fascinaban".

Dice que entre tanta variedad - que decía, y lo dice mirando el marco de un retrato en el que no hay foto ninguna - sin duda estás cruzándote con alguien a quien no conocerás tal vez nunca pero que, seguro, si lo conocieras estarías viendo en él, o ella, aquí y allá, infinidad de pequeños fragmentos de quienes sí de verdad tú conoces mientras que en otros muchos, igual de respetables, te es todo enteramente ajeno y eso, dice, tiene por fuerza que estar siendo por algo que ya tú estás llevando sin saberlo en tu aquí dándose ella, con los dedos peludos de él, un par de golpecitos en la frente adornada de bucles que en el marco vacío nunca podré ver.

"¿Cuál es si no el porqué - dice que decía - de que te llame la atención así por las buenas una persona que estás sabiendo perfectamente no haber visto en tu vida?. Pues porque es el vivo retrato de la personalidad ideal que tu forjaste en tu mente para ser el protagonista idóneo e inequívoco de una determinada situación. Ves la situación y ves el personaje; si la situación no se adecúa el personaje...puede que ni lo veas...Aunque a veces puedes llevarte una buena desilusión, te lo advierto", dice que le advertía.

"El otro día, sin ir más lejos - que le contaba un día

de mucho tiempo atrás y, yo, pese a mi firme voluntad de no hacer otra cosa que escuchar, a punto estuve de ceder a la tentación de objetar razona mal acertando sin embargo a contenerme por temor, supongo, a que me respondiera ¿y qué con eso? -, bueno, que puede que haga tres o cuatro meses...o un par de semanas...¿qué más da?...eran las seis y veinte y..."

Que como no acudirían más clientes, cuenta que relataba, y el último se había marchado hacía ya un rato, preguntó al jefe si podía marcharse. Quería ir al cine. Que le dijo que sí, dice que le dijo.

"Si me daba prisa a algo alcanzaría en alguna de esas salas múltiples de cerca de Princesa - que le refirió que calculabo y por cierto, dice, voy a hacerle una confidencia tonta, pero no se confíe y me confiesa que él siempre la llamó princesa - y, al salir, en el descansillo, en un papelito doblado que encontré, una dirección que no recuerdo y, separado, jueves...y, mira, era jueves y, aquel señor, el último, porque tenía que ser de él, justo cuando ya salía se había vuelto y preguntado si podía llamar por teléfono. Claro que sí, le dije y él dijo cómo lo siento pero no puedo ir y yo ví, en la expresión algo apenada de sus ojos, el ceño algo fruncido de una señora guapa...bueno, yo la vi en mi cabeza guapa...que está digiriendo muy mal lo que no quiere oír y pero no te quedes ahí reconcomiéndote.

"Pues ya se habían apagado las luces - que seguía ella -, que yo ya entré por los pelos en un taxi, ¿sabes?. Entró una señora a quien sin poder saber el porqué le coloqué el gesto de haber colgado un poco airada y, dolida o enrabieta y resentida, se había marchado al cine sólo por despecho...Me disgustó que la había imaginado un poco más alta; la verdad".

Que entonces él - ahora no está mirando el marco sin fotografía - le dijo:

-Pero tienes que admitir que la probabilidad de que quien viste fuera quien piensas es de una contra millones.

-¿Sí? - y que un poco perpleja -, pues yo no la había considerado - con expresión tan triste como si le acabaran de usurpar algo muy suyo para, de repente, apartando el aire con la mano -: pero yo no tengo por qué admitir que pueda darse.

-¿Entonces?...- que le dijo.

-Entonces, entonces - que con algo de retintín ella - que qué poquita fantasía teneis los que tan enterados estais de los niqueis y los dauyones y todos esos índices, ¡caramba!. Lo que quiero decir es que ambas mujeres se superpusieron en mi imaginación para configurar la figura de alguien que tomó realidad en mi para, algo así como si yo fuera Dios y una temeridad, que ya lo sé, crear un alguien irrefutable y exclusivo, una persona irreplicable y única que sólo me pertenece a mí...¿tú no lo haces?

"Y estaba convencida de que esas personas - ella las llamaba personas y yo no la contradecía, no se me ocurría un calificativo mejor - forman parte de la propia vida, alimentan nuestro yo de una manera que en nada es menos veraz que el filete en vuelto en papel de estraza que el carnicero, con su mano regordata, está depositando sobre la mano abierta nuestra y, ahí es tán: ciento setenta y cinco gramos de proteínas para el cuerpo".

-Y eso, que esas personas nos concedan, así, sin más ni más, el don de su existencia es muy bonito, ¿sabes? - dice que le decía - porque hay personas, personas de carne y hueso que pueden llegar a vivir noventa años - y que se encaraba con él igual que si le estuviera rebatiendo algo cuando, fíjese dice yo estaba ahí callado - y con su partida de nacimiento y su carné de identidad, todo en regla, ¿sabes? - y que por reforzar las palabras abrió el bolso y agitó entre sus dedos el propio -, que en todo su tiempo no cometen un sólo acto o realizan un gesto dignos de elogio o merecedores de reproche; o incluso sí, no es ahí adonde voy. Un día morirán sin haber tal vez dejado jamás traslucir sus emociones, sus pasiones, el fondo más luminoso ni los recodos más tenebrosos de sus almas.

Que habrían llorado o reído - recordaba ahora que ella había dicho, y había soltado la estilográfica y ahora limpiaba despacio los cristales de las gafas -, pero puede que nunca ante nadie y no podría saberse jamás si sufrieron por minucias o por grandes causas, si rieron por algo francamente divertido o si fue una risa ácida.

"Que un día se marcharían de este mundo tal vez con las manos muy limpias, sí, pero - y que ahora la notaba un poco retadora y que recordaba cómo le había arrebatado las gafas y la gamucita de un manotón mire, aquí tengo el arañazo - no habrían despertado sentimiento ninguno y aparte de tirar de su cada día, que por descontado no iba a ser ella quien les negase su mérito - y que marcó una pausa, cuenta, no supo distinguir si agitada o nada más dándose tiempo de encontrar las palabras -, aparte de que fueron organismos semovientes - que las encontró, pero, mire, no sé si son del todo las exactas, que dijo con un encogimiento de hombros como pidiendo que la disculpara - no podrías contar de ellos absolutamente nada. En cambio...".

Que, en cambio, estas otras personas que ella decía - dice él ahora con las gafas ya limpias y sin acotar el "personas" con el tono entrecomillado que se deja caer aun sin quererlo a lo que se acepta, sí, pero no sin reservas - pueden estarte abriendo, y tú a ellas...usted, no vaya a interpretarlo tuteo...las puertas del Universo más inmenso. Que en ellas puedes depositar - que decía - y ellas en tí a su vez, todos los sueños de perfección y las crueldades más abominables.

-Ya, ¡ya quisiera yo - dice que terminó con un profundo bufido de esos que, por otra parte, tanto le molestaban - que al quien me imaginara!

Que a él le pareció saludable introducir algún comentario que le pusiera un poco los pies sobre la tierra: "porque la veía algo fuera de sí" - dice - y que le dijo:

-Según tú misma lo planteas, idéntico criterio sirve

para las dos opciones. Supón que te fantasean un dechado de maldad y absolutamente detestable. ¿Te gustaría?

-¡Bah!, me daría lo mismo - dice que contestó -: a fin de cuentas de diez o doce puñados de defectos ya me hago cargo yo porque todos los seres auténticos tendremos que tenerlos, ¿o no?. Pero imagínate que me adornasen de alguna virtud maravillosa, angelical, que yo ni me sospecho; ¡sería fantástico!, me apropiaría de ella sin pestañear siquiera...si pudiera estar ahí para enterarme, claro.

Y que vio como había engarzado aristas, cubiertos, pacientes, heridas, la mujer del cine, sentimientos, desilusiones, sedimentos, sueños, actos indignos, gestos de reproche, muerte y pasiones todo en su hilo invisible y cada cuenta de un color y de un tamaño sin pararse a pensar que si era un collar no iba a apetecer ni a servir nunca a nadie.

-Oye, cariño - dice que dijo horas o semanas después, cuando ya ni se acordaba él del tema -: ¿de veras crees que alguien me podría pensar como un dechado de maldades?. Es que no sé si debería de preocuparme.

-Y que sin más preámbulo...¡cómo me duele la espalda, estos asientos tan malos; cada vez que nos mudamos el local es peor!, anda, dame cartas...había entrado en un espacio de silencio que se le antojó largo para, luego, mirarlo - ahora pensativo y que pensó desconcertado por desplazar, neutralizar mejor, rectificó, con vergüenza, entonces, el pensamiento descontrolado, feróstico y mendaz de "quiere desconcertarme", porque sin saber cómo eso pensó sin poderlo evitar - y preguntar, con el mismo tono melancólico que todo el rato había empleado:

-¿Y para qué le estaré hablando a usted de ella? - y que deja las gafas a un lado, que éstas, las de él, no llevan cordoncillo -: le digo que las personas somos verdaderas cajas de sorpresas.

-¿Eso dijo?

-Como lo estáis oyendo.

-Bueno, eso no es nada malo.

-¿Seguro?

Y confiesa que su observación había sido tan sólo una excusa, un subterfugio, por salir de su yo que por culpa del pensamiento que...

-Pues si ella lo dice...porque ésta es muy culta.

-¿Cómo lo llamó?

-Feróstico.

-¡Feróstico. Vaya un palabro!, ¿lo habías tú oído alguna vez?

-No. Nunca.

...que irrumpiera así, sin desearlo, le tenía el ánimo sumido en desazón, y:

-¿Qué?

-Ser cajas de sorpresas.

-Ah, sí, ser cajas de sorpresas -. Como en otra cosa y con un inicio de sonrisa, en la curva de las cejas sólo, tomando uno de los papeles como si fuera a leerlo pero que que sabe que no habida cuenta de que las gafas están sobre la mesa.

-Y las cartas. ¡Nenas, hemos vuelto a ganaros!

-Oh, no.

-No, de eso tengo mi propia opinión y pienso que no es malo - que contestó, dice, y que sabe que intentó hacer un conato de broma...desgraciadas en el juego..., por quitar tal vez hierro, también con un proyecto de sonrisa -: no mientras no lo esté siendo la sorpresa; claro. Que no es malo, quise decir, que hable usted de ella.

- Si ya - dijo - pero que...qué graciosa; ¿por qué entonces no perdéis vosotras?...- alzando las manos como quien acusado de haber extraviado un objeto valioso se defiende con ha sido sin querer, yo también pierdo.

-Si eso le...

-¿Me qué?

-Tranquiliza. No sé...- ahora sí con desconcierto -. Re
conforta...tal vez.

-¡Por todos los demonios de todos los infiernos! - arro
jando airado sobre la mesa los papeles -, ¿qué está haciendo?

-¿Yo? - que ahora ya sí con una confusión indescripti
ble...querida, ¿qué ocurre?, ¿por qué arrojas de esa manera las
cartas?...y sin saber qué hacer ni con su expresión ni con sus
manos.

-¿Por qué se me marcha por esos derroteros?

-¿Hace alguna falta ponerse así?

Al soltar los papeles se había puesto de pie con mucha
brusquedad, casi derribando la silla...o disimulamos o también
de aquí nos echan...y, hundiendo los puños en los bolsillos, de
espaldas, miraba hacia la ventana abierta.

-Las cortinas agitándose porque se estaba levantando
viento.

-No he en absoluto pretendido...

-No importa, no importa. Nadie se ha dado cuenta. Son
reíd.

-¿Y qué que no haya? - las palabras llegaban ahora de
por sobre su hombro.

-La cabeza girada, pero poco, dejando ver tan sólo uno
de los perfiles.

-Le parece recordar que el derecho e incompleto.

-En eso que los artistas llaman, creo, posición de tres
cuartos o así al menos lo tengo en la memoria de cuando la profe
sora lo mencionó mostrando una diapositiva de una cabeza de már
mol añadiendo la anécdota de Constanza Buonarelli, amante de B...

-¡Basta!...no te enrolles.

-Bernini - porque es muy cabezona.

-Vale, no quiero discutir...pero de inmediato conside
ra que ése sería, en realidad, el trozo que le está faltando si

bien, de repente, vuelve a mostrárselo completo porque se ha vuelto y, encarándosele, agrega:

-El no pretender no es eximente, o no al menos del todo.

-Que dijo...está bien, deja pobrecita de echarle la bronca...y que qué se había creído o que si pensaba que ella le había concedido, así, sin más, el don de su existencia sólo para eso - pero con voz de trueno -, ¿de verdad cree que me concedió el don de su existencia sólo para que usted pudiera ahora venir a querer consolarme?.

-Y qué sabrá usted.

-Que qué sabría y que se volvió a calar las gafas.

Y que se sobreentendía que había que dar la conversación por terminada, volviendo a los papeles; y que resultó cierto porque en apenas dos segundos compareció un sirviente uniformado cuya enigmática inclinación de cabeza era acatamiento inequívoco de la orden no formulada con palabras de acompañar hasta la puerta y, ahora, tantísimos años después, una situación tan diferente porque, la vida...

-La vida, ¿sabe usted?, da vueltas y que, de todos modos no le iba a decir "usted no sabe con quién está hablando". ¿O sí?. ¡Oh!, no no no no no no no, no se corte ni un pelo, puede decir sin cortapisa alguna que no está usted de acuerdo. No. A usted no va a sucederle lo mismo, de veras, no al menos aquí, no conmigo.

"Usted, no obstante y sin embargo - ustedes los jóvenes tienden a suprimir, tan estresados, los viejos gustamos de las florituras...o al menos este viejo (y se señala)...y de un cierto preciosismo, si quiere; a mi edad no se tienen ya prisas - va a permanecer por propia voluntad o al menos por lo pronto en silencio. Yo lo sé. Pero sentarse sí que puede, ¿no?...en fin...".

-Ah, no no no no no, en fin no porque a mi me gusta todo muy bien atadito...

-¿No es agotadora?. Y dile que desate el pañuelo con

los cuartos que lleva en el sostén porque se está acabando el fondo.

-Tendré que ir al baño porque donde lo llevo es en la faja.

-Pues entonces que termine de contarle antes.

-Pues unos pocos duros, ya lo ves...

-Que no. Que el cojín.

-Pues muy poquitos más. Le tengo puesto al gato yo uno igual y...

-Que si lo terminó.

-¿Y, fumar, fuma; joven?. Porque usted es muy joven...

-No.

-¿Qué sabrás tú?

-Pero hija, si te está diciendo que lo tiene igual.

-Pues por eso...

-...y, bien, le iba diciendo. Usted, viéndome tal como ahora mismo me está viendo, jamás daría crédito a mis palabras por más que le jurase por mi honor que cuanto le estoy diciendo es rigurosamente cierto.

-¿Pues por qué?

-Que no puede ser igual porque yo he visto el suyo y pone made in Taiwan. Anda, díselo.

-¿Y si se lo jurase?; pregúntale.

-¿Estás tú viendo alguna intención manifiesta de que vaya a jurar?

-Lo comprendo...

-Pues entonces...y que se vaya de una vez a lo del corsé, que con esto ni para los cafés.

-Y...¿qué argumentos podría emplear para convencerlo? No, no tiene que contestar, no es una pregunta...

-Que sí, que es una orden; y que sin rechistar.

-Únicamente estoy pensando en alto. Además; sepa que nunca juro y que...

-¿Lo veis como de jurar nada?

-Chist.

-...el honor me importa poco. Ya, ya, tampoco eso lo cree, es lógico: en mi clase el honor ha de estar por encima de todo. Ustedes han creado dioses falsos para poderlos emular, pero, dígame, ¿cree de veras que en su mundo y en el mío el honor podría nunca ser igual?...No, si ya sé que no va ni a rechistar, y de todos modos ese sería otro tema; no mezclemos de momento las cosas. Si voy a darle, sin embargo, mi palabra. Y a lo nuestro, joven.

A lo suyo, en un lugar quizá distinto, lejano aunque quién sabe si no un poco similar - o mucho - por lo que puede suponerse del entorno, del aire, de los objetos adquiridos quién sabe ya para qué ni por quiénes y sin saber en realidad si existen vínculos; si no están siendo todo superposiciones de emociones supuestas. Las de usted.

-¡No está permitido interpelar a miembros de la concurrencia!

-Ese interventor es una pesadilla, créanme; implacable hasta el punto de que, no hace mucho, sin ir más lejos, a una señorita rubia la despojó de sus bucles, y aun de sus ojos, alegando que eran apreciaciones subjetivas. Como lo están oyendo.

-¿No es imperdonable?

-Imagínese.

Imagínese, en este lugar, rezumante de nobleza hasta por los raídos bordes de las alfombras. Pero no se deje, deslumbrar: en algún rincón, que por supuesto no conozco, hay algún trastero en el que se guardan escobas y estropajos que como usted bien podrá imaginar no he visto utilizar jamás. Es curioso, ¿no le parece?, algo tan inexcusable y cotidiano y al mismo tiempo tan ajeno y que - y por extraño que pueda parecerle - yo sí me he parado a reflexionar en infinidad de ocasiones, parado tal vez en el lugar exacto en que usted está de pie ahora mismo y

mirando por la misma ventana aunque, eso es seguro, nunca con un estar tan rígido como el que ahora mismo lo tiene a usted agarrado por los hombros. Podría decirle relájese; es más, se lo digo: relájese. Pero, ¿y qué?, no se puede esperar que la primera vez que pone usted aquí los pies pueda sentirse como en su casa; y ¿sabe qué le digo?, que le aplaudo por ello. Siempre he detestado a ese tipo de individuos que en cualquier lugar se desenvuelven como en terreno propio; una actitud semejante es obvio que en la mayoría de los casos ha de estar careciendo de verosimilitud.

Dese cuenta:

En esta misma habitación yo he gateado y he visto hacer lo mismo a otros que si usted tuviera oportunidad de conocer los no le sería posible, nunca, fantasear cual criaturitas indefensas. Pero no va a conocerlos a menos que solicite usted audiencia; solicite audiencia y exponga muy buenas razones para tener el honor de ser recibido. Al cabo de muchas ceremonias y tras pasar por las manos de tres o cuatro secretarios será introducido, y si es que sus argumentos lo merecen, ya le he dicho, en un despacho soberbio - y en mi opinión feísimo - y, allí, al otro lado de una mesa enorme - impresionante, oiga, que cada pata es un Atlante con su bóveda celeste y todo - tendrá usted por fin a mi hermano Loarno - te queda muy propio le dije una vez, tú por encima del cielo y de la tierra y de todo lo creado, como debe ser; no sé si se mosqueó -, Loarno, un ser que le inspirará respeto y un punto de temor. Podría darle risa, pero eso nada más en el caso de que tuviera usted bastante sentido del humor, mas, permítame, me parece que de eso usted sí tiene es poco.

Delante de esa chimenea he vivido tensiones, he escuchado frases sobrecogedoras, no siempre dirigidas a mí, en ocasiones he sido nada más espectador, en otras, árbitro, no por elección pero alguien lo tenía que ser.

Sentado en aquel sillón lloré y maldije, sólo una vez,

hace ya muchos años.

También ha habido muchas risas, momentos de regocijo, celebraciones, peticiones de mano, murmuraciones y calumnias imperdonables y todo eso ha ido saturando las paredes, los cuadros, todo. Y no piense porque le diga semejantes cosas que le estoy revelando secreto ninguno, ni que estoy pretendiendo alardear de que en esta casa se hayan vivido situaciones más extremas que en un hogar cualquiera de reducidas dimensiones, un piso en un edificio de vecindad déjeme añadir que con olor a repollo en las escaleras; nada más es una forma de enfatizar.

Tenía ocho años cuando miré, subido a una silla y con las manos sobre los cristales de la ventana, cómo un coche tirado por cuatro caballos se alejaba por el camino de grava trasportando el cadáver de mi abuelo. Esta frase parece que queda incompleta si no se remata con "la persona que más he querido en este mundo" o, más enigmático, tal vez "el ser que más he detestado", ¿no cree?. Pero, mire: no, lo único que puedo decir del abuelo es que me era del todo indiferente. Si ahora me he acordado de él es sólo por haber aludido a acontecimientos que dejan huella y, precisamente, el día del entierro viví uno.

Ocurre a veces, ¿se ha dado cuenta?, supongo que sí, usted parece observador; se elige el suceso más notorio en apariencia para justificar que la vida ha cambiado a raíz de ese momento, pero aquí todo el mundo supo que el motivo de la conmoción fue muy otro si bien ya siempre se lo silenció a voces aludiéndolo como el día de la muerte del abuelo, evocado, por otra parte, con mayor frecuencia de la que quizá requeriría un sentimiento de aflicción siquiera mediano, que tampoco era el caso.

Me permito sugerirle que no se quede colgado de la anédota, que no vuelva en su mente a ¿qué sería? porque no será en realidad ni más ni menos que la incidencia que algún evento sobresaliente en la vida de usted haya podido ejercer sobre su proprio carácter.

Yo es que soy un poco retorcido.

O no lo soy, ¿quién sabe?, uno no tiene de sí mismo nunca una noción certera. De los demás, vea, es mucho más sencillo. ¡Es tan fácil elaborar criterios a partir de datos salteados!. Y no estoy queriendo significar datos sueltos, aislados; adjudíquele a "salteados" su más estricta acepción de asaltados, hurtados de su contexto. Pero aclaraciones así no espere que se las facilite a cada paso; usted habrá de elaborar sus propias interpretaciones, en función del contenido que tenga para usted cada palabra. Pero con eso hay que contar, supongo; a fin de cuentas todo en la vida es riesgo...sin considerar que existe por ende el de tratar de esquivarlo, el riesgo, digo...¿sabe?, no sé si viene del todo al caso, pero me he acordado, permítame una digresión...conozco un escritor que no da a publicar ninguno de sus libros y ¿sabe usted cuál es el motivo?: pues no quiere porque dice "¿y si me los leen mal?". Y es muy cierto. En mi caso es diferente, aparte de que yo no soy tan puntilloso, lo hablado se lo lleva el aire y además me trae completamente al fresco. No puedo evitarlo.

Pues lo uno y lo otro, no vayamos a empezar de nuevo el riesgo del riesgo del riesgo del...

Zoel, dese cuenta qué paradoja siendo, como son, gemelos, no se le parece en nada. Habrá en el mundo seres tan bondadosos como él, pero no más. Créame.

No, tampoco me gustaría estar induciéndolo a pensar que Loarno no lo sea, es sólo que es, el suyo, uno de esos temperamentos adustos que no dejan resquicio a un mínimo de ternura. Salió al abuelo, debe de ser. Pero Zoel ni al abuelo ni a ningún otro hombre de la familia; a alguna de las mujeres, tal vez, pero de las mujeres nunca se ha sabido mucho en esta casa. Por lo general se quedaban poco. No, no sé el porqué, simplemente se las han ingeniado desde antiguo para salir y no volver; y con los destinos más heterogéneos: tenemos carmelitas descalzas, prima don

nas y archiduquesas consortes en cortes muy lejanas. También una aventurera, eso fue hará un par de siglos, tal vez tres: con lo puesto zarpó rumbo al Nuevo Mundo. No ponga esa cara, lo puesto eran brillantes de once generaciones, y el más pequeño así de grande. O así lo contaban. Pero es ése un estigma confidencial que le ruego se apresure a olvidar...o tendríamos que batirnos y para las armas de fuego mi pulso ya...claro que, si maneja usted la espada; aunque si quiere que le diga la verdad lo que es por mí déjelo...¡El puto honor!, ya le dije, a mí puede tenerme sin cuidado, pero los demás no comparten mi opinión; y sólo nosotros somos nueve, vivos, amén de uno, el mayor, que falleció siendo muy niño y, otro, el cuarto, muerto en duelo hace sesenta y dos años.

Y luego primos, ¡infinitud de primos, por una y otra rama!

Duelos a muerte. Para qué voy a decirle más.

Se puede hacer una idea del trajín que siempre hubo; todos los de casa y amigos, invitados, y para qué hablar de las cacerías. Recuérdeme que le enseñe el pabellón de caza. No, no me lo recordará, parece usted tan prudente, tan preocupado por no causar molestias. Tendré que acordarme yo solo. A ver si no se me olvida. Y las caballerizas. Ya no es lo que era, pero aún hay tres purasangres. No se los imagine decrepitos, son muy jóvenes; bueno, hay uno que no, un alazán dorado que en su día fue magnífico, medallas de oro. Luego las verá.

Lo que no tuvimos, únicamente Nebridio, que a ése sí le gusta, la manía de los trofeos de caza, cabezas de jabalíes y cornamentas y todo eso, ¡qué espanto!, te quedas un poco traspuesto y, al despabilarte, dos ojos de cristal, que te miran, como si te acusaran. A mí nunca me gustó cazar, nunca estuve en ninguna. Una salvajada envuelta en mucho boato. Litfredo se burlaba de él "¿por qué eres tan ególatra, tantos bustos repetidos?". Pero, no vaya a pensar mal, la broma no era maliciosa, no hacía referencia a,

usted me entiende, ¿sí?, nada más algo como un juego de palabras. Nebridio significa ciervo. No, no era maldad; el mayor de los defectos que adornó siempre a Litfredo fue su falta de tacto, su nulo sentido de la oportunidad, pero, cruel, en absoluto... además, en ese tema con Nebridio no había caso, que jamás se casó, de manera que... Amantes pasajeras y escarceos efímeros, eso sí que sí. Su temperamento tan, ardiente, le ocasionó no pocos problemas; es de comprender. Desbordaba simpatía, sin embargo. Pero, mire usted, también enormemente abúlico, que nadie lo encargase de responsabilidad alguna que lo que pusieras en sus manos quedaría empantanado. Siempre lo ~~detesté~~, sí, sí, a pesar de su cordialidad, y de su innegable don de gentes. Lo detesto, es decir, no sé por qué ese tranquillo, de hablar siempre en pasado, que tengo, bueno que siempre no. Por el distanciamiento, puede ser: nos vemos poco.

Y no hacemos por encontrarnos, si quiere que le diga. Las familias se van desmembrando, eso de la fuerza de la sangre es una solemne imbecilidad, lo único que crea lazos indestructibles es estar vibrando en una misma longitud de onda y con Nebridio nunca logré sintonizar; me horrorizó siempre su "hedonismo", por utilizar un término suave. Sin embargo, no estaría siendo del todo sincero si no confesase que existieron momentos en que, ¡qué cosas, eh!, sentí auténtica admiración por él. La vida es compleja y el ámbito de los conceptos tan intrincado que hace imposible que los sentimientos puedan ser lineales. ¿Ha conocido a alguien de quien poder decir "es despreciable", pero así, de manera escueta, sin añadir un aunque, o un pero, o un sin embar-go?. Seguro que no. Incluso seres absolutamente escalofriantes, barbaridades que han hecho historia, de alguna forma estuvieron seguro avaladas por un ideal.

¿No le parece que habría que ser absolutamente desapasionado para poder juzgar?...¿Pero quién es del todo desapasionado si...?...no, no sé si contárselo, usted podría interpretar

que me vanaglorio cuando fue el niño en realidad...Pero, ¿por qué habría yo de negarle su derecho a interpretar?...sí, me parece que se lo voy a contar, que ¿por qué desesperar de toparse con quien sea capaz de eludir el enjuiciar?. Y que ya le digo, no fui yo, el niño me dio la clave; el mérito fue suyo sin saberlo.

Sí, se lo voy a contar. No sé por qué me ha venido el recuerdo y no creo que vaya a acertar a saber relatárselo en toda su...maldita palabra que no me acude...y sería lástima, que me agradaría trasmitirle en toda su...maldita...qué sentí.

Era una mañana de verano, hace, pues mire, que puede hacer medio siglo. Estábamos en el jardín, en aquel tiempo éramos un gentío, ya le he hablado, y me alejé paseando por uno de los senderos, tanto parloteo siempre me cargó, para ir a sentarme en un banco apartado y allí estaba distraído, con la mente en cualquier parte cuando oí un leve crujir de hojas que nada más podía estar proviniendo de un cuerpo menudo, de tan ligero. Y, sí, ahí había aparecido a mi lado mi sobrino Abdénago, una persona que no estaría alcanzando los ocho años de edad y que traía a la familia un poco preocupada por su proclividad a la soledad y el ensimismamiento. Estaba allí muy erguido, hurgándose la nariz con el índice de la mano izquierda y, con la derecha, propinaba pequeños tironcitos al borde de la pernera del pantalón corto de su traje oscuro. Me miraba muy atento y, aunque al principio apenas le presté atención y ni siquiera me moví, terminé por sentirme incómodo bajo su observación tan insistente.

-¿Querías algo? - pregunté.

-Me parece que no - replicó.

Y como no añadiera nada más, volví a mis pensamientos aun con su mirada clavada en mis ojos. Debe de ser que me familiaricé y ya no me sentía molesto, ahora estaba intrigado:

-Vamos. Di qué quieres - le insistí.

-¿Dirás la verdad?

-Naturalmente que sí.

Contesté muy decidido, pero la verdad es que según iban saliendo las sílabas me iba yo alarmando. Uno nunca sabe qué pueda preguntar un niño y yo aún no tenía hijos - fui un padre muy tardío - sobre los que construir un criterio propio acerca de qué deben saber, ni a qué edades.

-Es una pregunta difícil.

Entornaba los ojos y me miraba subiendo y bajando casi imperceptiblemente la cabeza. Me sentí amenazado, aunque le pueda parecer ridículo. Pero contesté, neciamente:

-No te creo.

-o contestarás una memez - era un niño culto.

Se había sacado el dedo de la nariz y, ahora, caminaba displicente frente a mí, que continuaba sentado, dedicándome fugitivas miradas de soslayo, por encima de su hombro, cuando se había alejado lo suficiente. Entonces se giraba y efectuaba la operación idéntica, en dirección contraria, con pasos largos y los puños hundidos en los bolsillos. Se dio una docena de paseitos en este plan, me tenía ya nervioso.

-Salgamos de dudas - me salió un tono ambiguo entre la orden y la súplica.

-Está bien.

Se paró frente a mí y ahora miraba el suelo, inmóvil, me pareció un poco apenado, con su cabeza hundida entre los hombros y, los brazos, había sacado las manos de los bolsillos, dejados caer a lo largo del cuerpo.

Empecé a sentirme francamente inquieto. ¿Qué gran cuita podía estar atormentando a una criatura tan pequeña?. En mi impaciencia, recuerdo, me eché un poco hacia delante y lo zarandeé por un hombro.

-Vamos - exigí -, ¿qué te pasa?

-¿De qué color ves tú los árboles?

Había levantado la cabeza y ahora me miraba expectan

te, con los ojos muy abiertos, y supe que la respuesta obvia no serviría.

No dije nada. Durante un rato, quien ahora miraba al suelo era yo, y, mi mano, que continuaba en su hombro, en lugar de sujetarlo se apoyaba. Al fin alcé la vista, algo cohibido, y me encontré con la mirada suya, tranquila y como resignada.

-Lo siento - dije, sin atinar a más.

Sé que retiré la mano de su brazo y que le acaricié la cabeza, de pelo oscuro y lacio, muy sedoso; y que con el pulgar presioné su frente en un intento de borrar la arruga de su entre cejo atribulado.

Entonces, sin replicar palabra, levantó la cabeza, son rió y me dio un beso fugaz en la mejilla. Luego se dio la vuelta y comenzó a alejarse, pero, a los pocos pasos, todavía se giró y quiso hacer la mueca de guiñarme un ojo que le quedó muy chapu cera, que se le guiñaron los dos. Y ya sí que salió corriendo.

Cuando al cabo de un buen rato regresé donde estaban todos vi que jugaba, revolcándose y riendo tan alegre con sus otros primos.

Anduve merodeando, ese día y los siguientes, alrededor de él por si se me presentaba la oportunidad de advertirle de la conveniencia de no ir espetando su pregunta a cualquier. Pero, tardó tanto en presentarse la ocasión, que consideré que quedaba ya a trasmano. Y me callé. Claro.

Era hijo de Reveriano, el niño, digo. Reveriano y Teu derio también eran gemelos; sí, y aún hubo otros dos: Suitberto y Jafar.

Jafar sí que era una persona...¿cómo le diría?...Teude rio, tan expeditivo siempre, le amonestaba en tono un poco brutal tú eres marica o qué entre bromas y veras. Pero lo que sucede es que Jafar tiene unas ideas un poco peculiares en todo lo refetente a la sexualidad...bueno, y a tantos otros temas. En su opinión todo cuanto nos supedita al cuerpo es pernicioso, y doblegar

se al instinto es claudicar, y enceguecerse, y desviarse de la consecución de una felicidad que - dice -, se encuentra tan por encima del placer, que si el rumor de que en verdad existe se extendiera por toda la Tierra...Pero, oiga, casi mejor no entramos a filosofar...por no decir nada de la Eternidad, que también le tira mucho y sí, dice, emulando un poco la forma de expresarse de Teuderio, un día que discutían, la Eternidad es igual que la Vida sólo que a lo bestia, ¿verdad?...y que una vida gorda, bien cebada, con de todas las chucherías con que en carne mortal nos rodeamos pero en muchísimo mayor cantidad. Que ni la Eternidad, dice, es eso ni la Inmortalidad acarrear durante siglos los mismos juanetes y las almorranas. Así exactamente habla cuando quiere ponerse a la altura del otro...Pero mejor no entramos a filosofar.

Se lo he contado así de crudo para que vea usted que no es marica, los que tienen ese ramalazo se suelen expresar con otra moderación, son más delicados...¿no?...más exquisitos, creo. Prímolo por lo menos lo es...Sí, es que somos una familia...el hijo de Loarno; y a ese sí que le tiene ojeriza el tío, porque es su tío, no es que yo sea moderno. Y hay viejos modernos; pero este viejo no.

Una ojeriza tremenda...y fíjese que no suele Jafar prestar atención a las conductas de nadie, que es muy distante; pero a Prímolo lo detesta por su falta de dignidad, que él llama. La verdad es que el muchacho se pasa, y mucho; hasta yo lo reconozco y eso que le tengo aprecio. Una persona encantadora, por otra parte, pero tan desmedido, exhibiendo constantemente y por todas partes y sin recato alguno a esas criaturas imposibles abigarradas de pedrerías brillosas y marabúes y plumas y unas espantosas voces de camionero.

Y montando unas escenas inenarrables, no se puede ni imaginar; aquí ha llegado a traerlas muchas veces, que como somos tan bien educados...nobleza obliga...las hemos tratado como

si las vieramos tan normales y, al servicio, órdenes absolutamente estrictas de que ni un aspaviento, y nada de risitas ni cuchicheos. Mis cuñadas y las sobrinas, consternadas, eso sí, alegando todas indisposiciones y jaquecas para no salir de sus habitaciones mientras duraban las estancias.

La única que las acogía con una presencia de ánimo digna de encomio, mire usted por donde, ¡mi mujer!...No, no mire para la puerta; no se la estoy anunciando, ahora ya sí que se obstsina en no abandonar sus lares cuando vienen visitas. Esgrime el argumento de que ya ha conocido a demasiadas personas a lo largo de sus muchos años de vida; y no es para tanto, sepa, aún es un par de años más joven que yo. Pero es adorablemente vanidosa, ¿ve usted?, dice que no le da la gana que nadie la vea retorcida igual que una alcayata por causa de su artritis. Oh, no, ¡ella no diría jamás no me da la gana!, se limitaría a protestar con una vocecita que es puro cristal de Bohemia "oh, no, mi cielo, por favor, detesto mostrar mi deterioro".

Mi cielo soy yo.

Pero cuando Prímolo traía los especímenes que le cuento todavía conservaba ella unos restos de belleza y un porte erguido; se valía sí ya de un bastón de puño de plata, pero ¡no vea usted con qué donaire, tan arrogante, tan altiva!.

Porque era muy altiva. Que aún lo es.

Yo siempre seguiré manteniendo que esa altivez suya es lo que la capacitaba para sus derroches de benevolencia hacia los seres que, haciendo abstracción de qué pudieran parecer, ella consideraba desgraciados; que había en todos sus gestos, en sus ademanes tan distantes, en su sonrisa fría, un indescriptible matiz de comprensión. No sé explicarle; es como si ella se supiera, y los demás en verdad así la percibiesen, recubierta de una invisible película protectora que la hacía invulnerable.

"¿De qué serviría ser crítico con lo criticable?". De cía...Pero es que no acierto yo a explicársela, aunque quiero in

tentarlo...Sí, flexible en cierto modo y en otros aspectos enormemente rigurosa...¿le he dicho que para ella no hay más mundo que el de los sentimientos?. Que no sé por cierto si es acorde del todo con lo que estoy pretendiendo decir...mundo afectivo, encaje más, tal vez. El mundo afectivo es el que más le interesa y ella tiene el suyo muy rigurosamente parcelado, ateniéndose a criterios inquebrantables y exentos de no importa qué consideraciones aledañas. Así pues, cada uno de los aspectos de la vida y no vayas a decirme que no es de puro cajón, decía...y el cajón lo he improvisado, pero me quiero permitir pequeñas esportaneidades que para nada dañan la idea central, que es a lo que voy... ha de ser tratado exclusivamente con quien se tenga la plena seguridad de que va a saber identificarse con cada particularidad.

-Pero que eran eso: superposiciones de emociones quién podía saber si no supuestas.

-Que ya había ocurrido en infinidad de ocasiones.

-Parece que me he perdido algo.

-Siéntate y calla.

-Mira, todos los billetes sudados.

-Pues si te da asco dámelos.

-¿Queréis callaros?

-¿Y por qué siempre tiene que estarme pinchando?

Una vez...¿dónde estaba?...ah, invulnerable, una noche en Nueva York. No, que voy a ir por partes. Ella siempre se queda con sus manos tan limpias...¿Divago?...Una noche en Nueva York.

Yo debía ir por un tema de negocios y - ah, ¿le he dicho?, a ella le gusta mucho la ópera - me los llevé a ella y a los niños. Froncio tenía nueve años y la niña siete. A ellos no hubiera hecho falta ninguna llevarlos pero, ya le comenté, fuimos padres tardíos y, ella sobre todo, más aún que yo, estaba muy obsesionada por su bienestar y no consentía separarse de ellos bajo ningún pretexto.

En París y Milán sí, y en una ocasión en Venecia, pero fuera de Europa ella no había estado nunca y yo estaba seguro de que le encantaría asistir a una representación en el Metropolitán; de manera que, bueno, nos fuimos todos.

La noche de la ópera estaba muy ilusionada pero también la noté enormemente alterada antes de salir para el teatro: que le disgustaba dejar a los niños solos. La tranquilicé con que pediríamos en recepción que, el tiempo que permanecieramos fuera, les prestaran pequeñas atenciones, por mantenerlos entretenidos y que no se sintieran abandonados. Pues aún en el último momento, con el coche ya esperándonos a la puerta, regresó al mostrador con y de cena lo que ellos pidan, por favor, enteramente lo que ellos quieran.

Cuando regresamos lo que ellos quieran había resultado ser ostras y champan de Beluga y caviar francés como explicaba muy tartamudeante y azorado el jefe de camareros cuando lo convoqué al objeto de demandar aclaración sobre lo espeluznantemente elevado de la factura. "Los niños señalaron con su dedito en la carta", dijo el hombre, y como viese que ella me miraba suplicante me avine a un está bien, puede retirarse aunque a solas protesté que igualmente se hubieran contentado con huevas de lumpus.

-¡Oh, huevas de lumpus, cielo - se escandalizó mucho -, dónde va a parar!

Y limpiaba sus manecitas con su pañuelo porque las servilletas y el mantel estan imposibles; espurreado todo de champan, que no les había gustado.

-No, mamá - le explicaban -: el vino amargo y esas cosas así como blandas, no. Las bolitas negras, un poco mejor, pero tampoco del todo, ¿sabes?.

Y como yo me mantuviera levemente irritado se encaró conmigo y me acusó de: "No se puede ser tan egoísta - pero con su deliciosa voz y sin pizca de agresividad -; tú allí tan feliz con tu Tristán y con tu Isolda y tu adorada Ricciarelli y ellos

aquí, ¡angelitos!, abandonados en un país extranjero sin entender el idioma. ¿Qué querías que hicieran?".

-Bueno - aduje, suavemente -, con Tristán y con Isolda también estabas tú; y no era Ricciarelli sino Giebel, me parece.

-Tienes razón - admitió en su dulce arrogancia - pero tú me arrastraste.

Imagínese, ¡que la arrastré cuando la ópera me pone frenético y si no fuera por ella...!, y ¡los niños abandonados!. Abandonados en una suite de lujo del mejor hotel de Nueva York.

-Porque ella es así.

-Sí.

-Que siempre se las arregló para salir exonerada de culpa ninguna.

Pues a aquellas máscaras esperpénticas, las novias o los novios aquellos, que uno ya ni sabe, las trataba con una corrección y un recato, ella, sorprendentes.

Luego sí decía, sin testigos, "¿por qué este tipo de criaturas serán tan aparatosas?, ninguna mujer de toda la vida va por el mundo con semejantes trazas". Apreciación cercana a aquella por la cual siente Jafar tan profunda antipatía por el chico, por Prímolo, porque, amén de deplorar esos aspectos detestables, le repele esa manera de prodigarse muestras de afecto.

-¡Tan apasionada!

-¡Tan descomedida!

-¡Tan fogosa!

-¡Tan vehemente!

-¿Todo eso?...No lo creo.

-Dejadla. Nunca puede saberse si es que está en desacuerdo o es que su recuerdo está en otro lugar y en otras gentes.

-Jamás hubo quien pudiera hacer bueno que no fue una relación enteramente casta.

-Pues sí. Está en otra cosa.

Que las relaciones entre distinto sexo - dice - nunca

llegan a ostentar descomposturas tan estrafularias y que por muy ardiente que se sea jamás se pierde el saber estar en público hasta los extremos a que puede llegar ese tipo de entes...

-Y, ella, obstinada y muy terca o muy abstraída, que "ni en público ni en privado".

-Y que no baja, oye, que está como en un trance...De acuerdo; lo que tú digas.

-¿Será bueno llevarle la corriente?

-¡Y tanto que sí!

-Pues parece que no...que mírala qué colorada.

-Pues entonces dejadla.

-¿Quién es mano?

-Era ella.

-Pues habrá que saltársela.

...Y que luego se sienten marginados - que le molesta oiga que encima se quejen -; que ¡claro!, que qué esperan: que nadie los marginaría si no hicieran ostentaciones tan manifies tas de su naturaleza que - dice Jafar que está seguro - traería a todo el mundo al fresco si supieran comportarse...

-¡Pues claro que sí!

-Huy pero mírala qué alterada.

-¡Una señora de treinta años y un niño de trece. No hacía falta estar no viéndolo para saber que no!

-Oye, ¿y esto le pasa muchas veces?

-Cada vez que vuelve de su pueblo se agarra una.

-¿Y de dónde es?

-De Cumas, creo.

-¡Anda, igual que mi tía!...Bueno, de mi marido.

...porque que lo reproable no está en la querencia sino en la provocación.

Dice.

-¿Quién a fin de cuentas hizo correr el bulo?

-Y ahora verás que se responde sola que "mentes corti

tas que no encontraban más justificación a que se llevase al muchacho los veranos que una intención aviesa".

-Ah, que es que ya os lo sabéis.

-Cuando hayas visto la peli unas cuantas veces te pasará ya lo mismo que a nosotras.

-¿Quiere decir eso que puedo albergar la esperanza de que vais a dejar que me quede?

-Eso lo tenemos que hablar entre nosotras...anda, dale y que reparta y que vaya soltándose.

Sí, señor; así es la forma de pensar y de sentir de mi hermano Jafar: riguroso hasta límites que lo han llevado a privarse de vivir una vida normal, comprensible.

Pero me parece que le estoy hablando mucho de los míos y, total, ¿sabe?, ¡qué poca capacidad de definición ampara casi siempre a las palabras!. Es, mire, una cosa que pienso muchas veces; por más que uno hable, y diga, y cuente y detalle y pormenorice y se esfuerce en describir, no hay manera de plasmar en la ...¿cuál será el nombre de lo que le quiero decir?...del que escucha...¿entiende?...esa forma siempre subjetiva de interpretar y de acabar por tener aquí dentro - tocándose la frente - una versión de la realidad irrepetible y única que parece tener vida propia al margen y desvinculada casi podría decirse de forma total de cómo cree estarla transmitiendo el que en cada célula de su cuerpo la vivió.

-¿Cuál podría ser el término exacto?

-Tú como eres la nueva no tienes obligación de aportar ideas...y ésa tampoco porque está traspuesta.

-Sensibilidad.

-Sensitividad.

-Sensorialidad.

Pues aun con el resquemor de estar errando, ¿verdad?, hay que seguir adelante; elegir aunque sea a ciegas. Voy a elegir sensorial y que sea lo que Dios quiera: no hay forma de plas

mar en la sensorialidad del que escucha la esencia de lo que se pretende...

-¡He ganado!

-Pues te toca invitar...para mí champán y ostras.

-¿Me dejaréis picar?

-¡Mira la nueva!

-Bueno; pero sólo un canapé y de mortadela.

...y como las palabras nada más pueden salir cada una detrás de la anterior, encima de lo ardua que es ya en sí la empresa de ir echándolas fuera atentos a que compongan una secuencia racional viene a complicar las cosas el malhadado hecho de que no existe pensamiento lineal.

-Y que no suspire.

-Es viejecito y tiene que tomar resuello.

-Ah.

Le puedo hablar de ellos; como lo he hecho. Puedo añadir comentarios y matices desde mi propia apreciación, que también lo he hecho. Pero no puedo simultanear lo uno con lo otro ni andarme tampoco parando a cada paso para irle dando cuenta de mi consciencia, instante a instante, de que aparte de todos ellos, todos nosotros, vistos por mí y desde aquí dentro - tocándose la frente -, existe también ese otro mundo de fuera habitado por seres que...a usted sin duda así se lo debe de estar pareciendo ...yo estoy ignorando.

-Pero aquella noche no le hablaba de aquella calumnia, de aquella injusticia...

-¡Mirad, a la del pueblo de la tía política de ésta le está volviendo el habla!

-¿Y qué dice?

-Calla, calla.

-...aquella noche le habló una vez más de sus amigas ...una maledicencia que ella no creyó nunca..."ya en infinidad de ocasiones me había hablado de sus muchas amistades - decía,

porque habéis de saber que él a mí me lo contaba siempre todo - seres de lo más heterogeneo y disparatado que no parecían poder estar teniendo entre sí ni tanto en común como pudiera suponerse antes de asimilarlas filtradas por el alambique de sus siempre subjetivizados relatos ni tan poco como ella trataba de hacerme tomar por evidente a través de sus afirmaciones contradictorias siempre; que mientras las palabras se esforzaban en dar una ima gen favorable de la aludida - aludida porque decía él que casi siempre eran señoras, que ella solía mostrar propensión a eludir las amistades masculinas - todo el soporte gestual y mímico e in cluso la reproducción de las voces que aun sin darse cuenta ella adecuaba podían estar matizando, cuando no traicionando abiertame nte, la intención de verdad de su aseveración".

-Oye, y se lo aprende así, todo seguido y palabra por palabra y sin respirar.

-Anda, pues claro...cuando una está así, agarrada por el trance, puede decirlo todo muy seguido sin omitir ni una co ma.

-Y hasta hablar en idiomas extranjeros.

-Y si no dile a ésta que le diga a su marido que se lo pregunte a su tía.

-No, pero la tía de mi marido es nada más de allí; no es ni sibila ni nada, tiene una peluquería.

"Es forzoso puntualizar, sin embargo, que no siempre sucedía así y que, incluso, y muchísimas veces, las palabras y el gesto se hermanaban y si decía es un encanto de persona sus dedos y la forma de llevarse el cigarrillo o una copa a los la bios inequívocamente lo corroboraban. Pero ¿cómo saber qué era lo válido cuando ambos mensajes trataban mutuamente de anularse"

-Y en tales casos - me confesaba, porque él tenía con migo mucha confianza - él optaba siempre por quedarse con el ges to aunque no podría argumentar, decía, mis particulares porqués; y que lo reconocía porque sabía que debía reconocerlo.

-¡Mirad, abre los ojos!

-Pues taparos las cartas, que es muy viva.

- ¿Y nos reconoce?

-¡Y qué pálida!

-Nunca lo sé.

-No hasta que dentro de un ratito le vuelva del todo el ser...y los colores.

-Por eso hice mal en comentar con ella lo del Paraíso...

-¿El azul?

-No, hija; los de la cara.

-...toda aquella trifulca del night - y dice él que mordisqueaba ella rabanitos y aceitunas y que no paraba de untar pequeños trozos de pan con mantequilla -: debí prever que nos iba a ocasionar un berrinche.

-No, si tonterías que decir todavía tiene para cinco o seis bazas.

-¿Entonces le doy cartas o qué?

-O qué.

-Pues a mí no me parece que hicieras mal - dice que le dijo, y que dejara de atiborrarse a pan -, que quién mejor que tu mejor amiga para hacerla partícipe de tus problemas.

-¿Problemas?, ¿problemas yo?. Yo en ningún momento he tenido problemas; a ver si nos centramos - que lo dijo en un tono algo seco, al tiempo que soltaba el trozo de pan que iba a llevarse a la boca. Y sin más pausa pasó a un tono conciliatorio para añadir -: tesoro mío, atiende a qué te digo, no te enteras - y me acarició los dedos, me decía -, mi error estuvo en decirle a ella nada del asunto. Me regañó.

-Eso no es extraño. Reconoce que un poco imperdonable sí que es que, en tantos años, no te dieras cuenta de que estaba ocurriendo algo anormal.

-Pero es que no se notaba nada, nada en absoluto. Además, ella no me regañó por eso. La bronca me la echó porque dice

que...porque yo le dije mira, tú tuviste razón desde un principio aun sin saberlo, y ella preguntó ¿razón en qué?, y yo le contesté tú al Paraíso siempre le tuviste recelo y ella dijo pero eso es una estupidez, y protesté no lo niegues y entonces se puso a argumentar y a razonar y terminó por perderse y perderme en un discurso enmarañadísimo de que me convendría tener criterios más firmes, basados en mi propia apreciación y no hacer juicios así, a la ligera, en cuanto a la realidad de las cosas nada más porque alguien yo, en este caso, dijo, pero podría haber sido cualquiera se tome la libertad de manifestar en voz alta y enarbolarse como si de axiomas se tratase lo que únicamente está siendo, y sin pretender más, leves retazos de hipotéticas teorías enteramente discutibles. Y al final remató con que yo tenga mala opinión de mis congéneres no es en absoluto garantía de que sean malos y que, que estaba segura, que al margen de sucesos tan deplorables El Paraíso había sido siempre un lugar agradabilísimo que hizo mal en obstinarse en no querer ni ver. Anda, dime qué te parece.

-Y me dedicó una mirada retadora - me dijo - al tiempo que se llevaba a la boca un tomatito cherry y no me parece mal, le dije - dice, pero él no se comió tomatito cherry porque en aquel restaurante no ponían -, intenta ser objetiva.

-¡Vaya por Dios. Tú también!...lo intento; ¿pero por qué tiene que enredarse tanto?. Yo nada más lo estaba contando; los chismes de ese tipo se cuentan, ¿no?, pues que lo escuche y diga hay que ver y no se meta en filosofías.

-Digo que ella intenta ser objetiva - aclaré, me dijo -, tú me has hablado mucho de que ése es su eterno conflicto.

-Eso puede estar muy bien. Pero que en su intento no haga añicos la objetividad mía.

-Bueno - el camarero se había acercado a retirar los platos -, ¿y ahora qué vas a hacer?

-¿Postre los señores? - y comenzó a recitar una lista dulzona.

-Y a cada nueva sugerencia ella oprimía los labios - según él cuenta es muy pero que muy golosa -, como quien paladea tratando de rememorar un sabor y tomaré nidos de merengue. Trataré por todos los medios de no ser atolondrada - dijo -, de no hacer... ¡perdón, señor, por favor! - y que el camarero, que ya se estaba alejando, regresó y dijo sí con sonrisa cortés y, ella, juicios a... y que en vez de nidos de merengue tomaría ese bollito cruj... el que lleva dentro chocolate fund... ¿ya sabe?... gracias ...a la ligera -. Y él dijo en el futuro. Quiero decir.

-¿No te lo estoy diciendo?. Tener criterios firmes y no ser tan proclive a dejarme influenciar. ¡Ah!...- y que alzó la cabeza igual que cuando se ha dado con una gran idea y, con el índice estirado, marcó un amplio movimiento de la mano y, en tono más alto -: y suf...

-No. Será demasiado - que la atajó alarmado y que ya con el bollito era suf...

-¿Suficiente?

-¿Sufrir?

-¿Suflé?

-Bueno, dejadla a ella.

-Pero si es que se engancha.

-Sufrir lo menos posible. Dijo...

-¿Quién ha ganado esta vez?

-Yo no.

-Ni yo.

-Yo tampoco.

-...y que lo mejor para eso era no contarle nada, que para contar y pasar sus ratitos de palique ya tenía ella ya tengo yo a mis amigas de verdad sus amigas como Dios manda, dijo.

-Si es lo que te decimos: que doscientas mil veces lo ha contado ya; y que si su amiga del alma no era una amiga verdadera...

-Porque amigas lo que se dice amigas, son las amigas

como lo somos nosotras, ¿verdad?

-¡Naturalmente que sí!

Pero le puedo asegurar que no es así.

-Juntas, conversando...

No se fíe de lo que pueda parecer.

-...departiendo cordialmente...

No lo ignoro en absoluto.

-...escondiendo naipes debajo de los guantes.

Yo se bien, aunque le cueste creerlo, que al otro lado de los cientos de verja que rodean esta propiedad hay un mundo muy vasto.

-¡Mentira y gorda!

Si le he hablado de esta casa y de los que en ella vivimos y vivieron es porque, bueno, entendí que era eso lo que había venido a oír.

-¡Décidle que si piensa que he venido a escuchar cómo me insulta está muy equivocada!

Pero no se confunda; también le puedo hablar de ese otro mundo que le digo de ahí fuera, de ese mundo habitado por seres...porque, a pesar de que entre estas paredes el tiempo pueda dar la engañosa sensación de haberse detenido, sería un tremendo error cerrar los ojos al hecho ineluctable de que el Universo entero evoluciona y de que el acto de vivir es inseparable de la continua mutación, del constante cambio, del fluir incansable.

-¿Pero es que todos los días ha de ser lo mismo?

-Yo desde luego estoy muy harta.

Lo sé porque lo he visto.

-¡Esto no hay quien lo soporte!

Lo he visto y no lo aguanto, si quiere que le diga la verdad...claro, que, lo conozco si quiere sólo en cierta medida y no le negaré que mi percepción de él es no poco subjetiva, y que bastante profano sí que soy; pero lo he visto, eso sí, y no puede decirse por tanto que lo esté desconociendo del todo.

Es incuestionable que no puedo vivirlo como lo viven ellos, como lo vive usted, porque lo que me lleva a él y mis expectativas cuando me encuentro allí es del todo diferente de qué los lleva a ustedes y de las motivaciones suyas.

-¿Por qué entonces venís?

Por las mañanas pido al mecánico que me lleve a la ciudad, no al pueblo cercano por el que no sé si le he comentado que me doy una vuelta las tardes de domingo y donde puedo ver a los inmigrantes asustados, hacinados en grupo compacto como si el sentirse un bloque les diera seguridad...yo, mire, pienso que lo hacen justo al revés de lo que les convendría, que más diseminados no serían percibidos como la amenaza de invasión que puedan sin querer y sin saberlo hacer temer a veces...no sé, en fin... pero, le digo, no al pueblo cercano sino a la ciudad grande y, cuando alcanzamos una zona concurrida, cualquier calle de muchos comercios y oficinas bancarias y cafés, bajo del coche y me instalo con un periódico bajo el brazo, en cualquier parte, posiblemente estorbando como acostumbramos siempre estorbar los viejos, y simplemente miro; lo miro todo, lo que sea, piernas de mujer, quioscos de prensa, la melena de una jovencita, el letrero inenarrable de un mendigo - oiga, yo creo que están escritos por especialistas, con una incultura fresca y genuina no se puede llegar a tanto chascarrillo -, una madre que empuja un cochecito, un hombre joven con aspecto de vago, una vieja que vende flores...y le digo de veras que es terriblemente deprimente. Por eso le decía que no lo aguanto.

No lo aguanto porque las piernas de la mujer son feas ...y no es lo malo que lo sean, entiéndame, una mujer de piernas feas puede ser fascinante si cuando se las vemos ya nos ha subyugado con otros mil encantos; las portadas de las revistas nauseabundas; la melena de la jovencita, una maraña chamuscada; el mendigo, un muestrario orgulloso de muñones y pupas y tumores; la madre empuja el cochecito con tanto mimo como si se tratara de

un carro de hortalizas, al joven es impensable imaginarlo haciendo una gentil reverencia u ofreciendo una flor y la vieja que las vende exhibe un gesto huraño y alpargatas en chancla. ¿Dónde está el mundo amable que cantan los poetas?...Y, sí, ya sé que existen cantos desgarrados y que Goya pintó sus pinturas negras; pero estoy queriendo decir algo más trágico, si cabe. ¿Por qué ese gusto por lo innoble y lo tosco y lo soez cuando vivimos en un mundo, cuajado de carencias, es verdad, pero un mundo también en el que cualquier cosa que podamos imaginar la encontraremos en innumerables formas y colores y tamaños y texturas?, ¿por qué es más fácil preferir lo horrendo?

En el vestir de las mujeres. Ah, le sorprenderá oírme decir mujeres en lugar de señoras pero es que, mire, mujeres lo son todas, todo el género humano de sexo femenino son mujeres; pero regresar a casa trayendo en la retina, aunque nada más sea, la sola imagen de una única señora es un sueño dorado que veo no realizarse día tras día. Quiero decir esas criaturas - no sé si a su edad habrá podido alcanzar a ver alguna - que no es imprescindible que sean excesivamente hermosas, ni demasiado jóvenes y aun tan viejas como la arpía de las chanclas y las flores, pero unos seres que se deslizan con donaire, hablan con galanura, lloran perlas calladas, ríen con risa argentina, sus manos son palomas - en esto quédese nada más con el símil, las palomas son bichos repugnantes y a las abominables gurrutacas que les echan comida las fusilaría a todas -, hebras de oro sus cabellos y no dicen ni tío ni macho ni te cagas ni la hostia...

No sé si se percata de qué rayos le puedo estar hablando. Pero, mire, ya caigo:

Súbase a un autobús o traspase una puerta...a veces voy en autobús, forma parte de mis periplos..., lo que más le acomode, y si ve una de esas cosas cerca cédale el paso o el asiento; si la cosa al aceptar sonríe, o dice gracias y pasa por su lado sin pisarle los callos, ni atizarle un codazo en las cos

tillas, ni arrancarle dos botones empujando, ni clavarle una esquina de su bolso en...es que es una señora. Pero se las distingue a simple vista, le prevengo; en quantito le dé a usted en la nariz que es una de las otras apresúrese a tomar asiento y, ante la puerta abierta, crúcela usted primero y aléjese veloz. Hágame caso.

En el vestir de las mujeres. Le decía:

Antaño, otrora, iban todas con faldas y ahí era ya Dios el que repartía suerte; la que tenía buena figura pues muy bien y la que no pues no y qué le vamos a hacer. El uso de pantalones, sin embargo, debiera estar reglamentado por las Cortes y ser, en sí mismo, un artículo de la Constitución, y sancionadas muy severamente las gordas que se los ponen sin pararse a considerar que, de tal guisa, atentan ferozmente contra los derechos humananos de quienes tienen la desgracia de no estar ciegos. Y por no hablar de esa no sé que prenda abominable, mallas o algo así creo que se llaman, que es cabalmente una segunda piel dando cuenta con pormenorización que en nada desmerece de la que nos estaría dando la piel primera de toda la celulitis y aun barrillos que aquejan a la portadora.

No se ría. Se lo ruego. No estoy hablando en broma, con la forma de hablar nada más trato de mitigar el patetismo que envuelve a esta ausencia absoluta de estética a la que hemos llegado...; porque es importante la estética, ¿no?...Evidentemente que existen valores más importantes, ¿quién podría dudarlo?; pero los grandes valores tan depreciados y despreciados han estado, de toda la vida, dañados por males tan profundos que vaya usted a saber qué remedio o qué voluntad podrán tener acceso a sanarlos. La estética, en cambio, es tal fácil, tan accesible, queda tan en la superficie de las cosas que cuidarla, un poco, está al alcance de cualquiera.

Y, sin embargo, ya habrá podido observar usted mismo, aunque extremadamente circunspecto se haya abstenido de repren

derme por ello, que incluso yo, en mi desmesurado celo por combatir la fealdad, he utilizado frases no merecedoras por cierto de alabanza; agresoras ellas mismas de lo que con tanta vehemencia desearía salvaguardar...En fin...

¿Sabe también, en ocasiones, qué hago?. Pues salir andando detrás de alguien, seguirlo a distancia. Me meto en un mercado, por ejemplo, o en unos grandes almacenes; pero prefiero el mercado. Preferir, ¡entiéndame!, me horroriza que haya lugares a los que la gente acude con el único fin de llenar sus estómagos. Me causa verdadero estupor ver un cuerpo grosero del que sale una voz en demanda de a ver si no van a ser tiernos, que mi marido no come cualquier cosa; y miro anonadado la imagen sin encanto de un marido glotón tragando a dos carrillos sin apartar la vista de su plato, y me pregunto qué sucedió algún día para que tal mole y aquella otra fiera, que por fortuna no tendré nunca enfrente, se sintieran heridos por las flechas de Cupido.

Sí, sorpréndase, pero así es...ya dije que soy un poco retorcido..., me atrae pararme en el contrasentido, me seduce mortificarme en la contemplación de lo que al mismo tiempo me está produciendo escalofríos. Pero eso a mí me parece que le pasa a todo el mundo, ¿no?; tengo la sospecha de que es algo que en el fondo el ser humano persigue con ahínco y al mismo tiempo niega y rechaza con ardor: la superposición de los contrarios. Y me pregunto qué sentido tiene, qué se está pretendiendo...A veces, ¿sabe?, cuando se me cruza una vena trascendente, me contesto que atisbar una síntesis del Universo; pero me replico inmediatamente, a la vista del género, que el común de las mentes no da para tanto.

-Pues, a pesar de que ésta se haya rebuscado entre las ballenas del corsé, me temo que no alcanza.

-Superposiciones, eso, eso es lo que era todo: superposiciones de retazos de sensaciones entrecruzándose y de recuerdos no personalmente vividos enzarzándose.

-¿Y ésta del trance?. Pensé que ya volvía.

-Es que a veces parece que vuelve, pero si no encuentra propicio el ambiente...un clima energético agradable...se marcha otro rato.

-Pues id pagando, no sea que salga del ensimisme con la boca seca y le de por pedir algo y ya sí que no llega...

-No creo que nosotras propiciemos ese clima, de manera qué...

-¿Qué, que se tiene que quedar en Babia para siempre?

-Yo que ella me quedaba, con tal de no aguantaros.

-¡Qué cariñosa!

Fíjese en el amor. La paradoja de que le hablo creo yo que se manifiesta más que nada en el amor. Quiero decir ese turbio sentimiento destructivo que envilece y a lo largo de los siglos ha construido frases y elaborado imágenes equívocas que los zafios se han entusiasmado en recrear. Por apresar esa entelequia mal mostrada hombres y mujeres han parodiado nada más las formas, y se han sublimado en desencanto las sensaciones desalmadas que han ido a dar en tomar cuerpo de odio y de rencor y de proyectos de venganza. ¿Por qué habrá cundido tan poco por el mundo el auténtico ser del amor verdadero?...Y me estoy refiriendo ahora a un amor muy concreto, no al amor en letras grandes que se supone ha de ser el que nos prefesemos todos los vivos los unos a los otros...que deja bastante también que deear...pero le estoy hablando de ése otro, ya usted sabe.

-¡Imbécil!

-A este paso no va a volver la chica.

-Pues id discurriendo algo, que empieza a hacerse tarde y la cena de mi gente la tengo sin hacer.

A veces me paro a discurrir, y puedo estar en ello horas y horas, no le exagero, si es que Dios tuvo un despiste o un arranque de muy malísima idea dando al Hombre amor, sexo y anhelo de perpetuación en un único lote bien sellado o, por el

contrario, le pilló con ganas de gastar una broma pesada y se entretuvo en hacer un atadizo con los tres ingredientes trabados en uno de esos nudos marineros...no sé si ha navegado usted alguna vez...endiablados que aún nadie ha averiguado cómo deshacer. Y me inclino por la segunda alternativa, mire, porque estoy emperrado yo, no sé por qué, en que Dios es un tipo que hila fino.

Estoy yo en la idea de que lo que Él tenía en su cabeza era, vamos a ver cómo se lo cuento, una especie de esas instalaciones eléctricas que ahora se ponen en las casas modernas: una clavija para el frigorífico y el lavavajillas, otra para la lavadora y el termo, otra...¿entiende?, todo independiente para que en caso de un eventual cortocircuito no se averíen a un tiempo todos los elementos...¿se imagina qué mundo tan hermoso si los hijos fueran engendrados en un acto ajeno a la búsqueda de la satisfacción de apremios?...Y cuando lo tuvo todo muy preparado se rascó la coronilla y se dijo que a ver si es que nos lo iba a dar todo hecho o qué y, hala, que lo medio enganchó de cualquier manera, nos lo tiró como quien arroja una colilla y dijo bueno, ahora apañaros.

¿Usted qué tal lo ve?

Porque a Él no hubiera tenido que costarle trabajo ninguno estirarse a crear una naturaleza...la humana, por lo menos ...que la de los escarabajos y las petunias psh...una pizca más de curiosita, ¿verdad?...Y, ahora, la duda gorda que de verdad yo tengo, es la de si lo que quiere es que atinemos a deshacer el nudo o que, condenados tal vez a no poderlo desatar, le cojamos el pulso a manejarnos con tiento.

Diga algo, oiga.

O, casi mejor de momento no diga. Que lo único que le admitiría, de buen grado, sería lo que yo estuviese suponiendo su verdad. Si me saliera usted con algo halagador yo le sonreiría ufano y me resolvería a encender al fin mi pipa; ibueno sería que a estas alturas de mi vida, y con mi sangre, no supiera ser

cortés!, ¿dónde coño tendré las cerillas?. Pero me quedaría jo
dido, mire; ya, ya, fastidiado. A los que están donde yo estoy,
cuando se los ve desde donde está usted, las posibilidades de
que se les diga la verdad son pocas y, sepa, su mentira ni la ne
cesito ni la quiero; su verdad...no está por el momento en condi
ciones de dármela, y no lo está no por nada de lo que pudiese
estar pareciendo obvio; no lo está porque sus hombros permanecen
tensos. Nada más. Y yo jamás me rebajaría a la vileza de rebatir,
sentado, los argumentos de quien está de pie.

Las cerillas, ¿dónde rayos?...Pues habrá que tomarse
tiempo, que no me pienso levantar...en fin, lo que le dije del
honor...

Y, a muchas más cosas que esas excursiones didácticas
que le decía, pues la verdad es que no salgo. Cines, conciertos,
teatros, un ballet, pues que no. Como ella no quiere que la ve
an...¿y solo qué pinto?, pues que nunca hago el ánimo. Juntos
era otra cosa. Y. A ver qué más. Pues, oiga, que se me está aca
bando la cuerda.

No. No se lo crea, que tampoco es eso; aunque hay que
reconocer que con usted no es fácil...así, sin contrapunto al
que agarrarse. Porque, mire, a mí, estar de acuerdo o discrepar
me da lo mismo; decir cosas que a usted puedan parecerle absolu
tos desatinos no me preocupa nada; ensalzar lo que usted denos
taría, pues qué le vamos a hacer; abominar de lo que usted tal
vez alabe, seguro que me lo sabría disculpar. Pero, oiga, lo que
sí me mete el corazón en un puño es estar a lo mejor hablando de
temas que lo puedan estar aburriendo; porque a eso sí que no hay
derecho, de verdad.

Y es que yo me creo que a los jóvenes - porque usted
si llega a los veinticinco será rabiando, que yo le echaría me
nos -, que a los jóvenes nada más les interesa hacer dinero, pros
perar, ser números uno; y, aun pudiendo estar equivocado, me cues
ta hacerme la idea de que tengan tiempo de pararse a meditar en

torno a materias que posiblemente nada más comienzan a antojarse fascinantes cuando las expectativas de vida son ya pocas. No, no se alarme, que no voy a hablarle de la muerte; y tendría poco que decir, de cualquier modo, que nunca logré hacerme de tal circunstancia...porque sólo sé concebirla como una circunstancia, fíjese, sí, ineludible pero nada más circunstancia, un suceso más de entre tantos en la vida: uno come, uno duerme, uno tiene ilusiones, uno va y se muere...jamás fui capaz de forjar acerca de ella más intrínquilis del que pueda suponer salir por una puerta; sí, tan simple la cosa como que el día que naces entras por la puerta de la vida, entrada, pone, y cuando se acaba la película allí lo pone también, salida. Empujas y ya está. No me parece a mí que haya para tanto alboroto como el que se organiza.

Tal vez el malentendido viene ocasionado por la expresión largo viaje; seguro que sí, porque impele a un cierto atolondramiento, ¿a que sí?, el típico dónde guardé el billete, mi muda, el cepillo de dientes...Sí, de veras, estoy convencido de que casi todo el mundo piensa que morirse es acudir, por fuerza y sin haberlo solicitado, a un lugar remoto calzando los propios zapatos y sin desprenderse de esa identidad que por lo visto lo calizamos exclusivamente en el pellejo. Obsérvelo en cualquiera, bueno, obsérvelo si es que siente curiosidad, verá qué están designando cuando dicen yo; se sienten más obligados a concretar a la hora del mi alma, que ellos son su cuerpo, ya ve, y el alma ese lastre superfluo, el engorro latoso que alguien les encomendó e incordia tanto por lo menos como un paraguas prestado que hay que devolver y decir gracias.

Pero en mi caso no es por la edad, se lo aseguro, que ya de joven comencé a barruntar atisbos de una no sé que peculiar concepción del existir; y fue gracias a aquel extravagante hermano mío, ¿recuerda?, que si quiero ser veraz he de confesar que no se me ocurrió así, por propia iniciativa. A él en cambio sí, ya ve usted, no sé de dónde pudiera sacarlo. Para que luego se

diga que si el ambiente y que si la educación cuando crecimos todos juntos y todos fuimos educados en una especie de agnosticismo, ni dirigido ni intencional, es cierto, pero tan patente que lo podías tocar y a aquel chico no lo rozó, que el sólo, sin ayuda de nadie, se forjó desde bien pequeño su particular composición de lugar de qué es Dios, qué el Hombre, qué el Cosmos. Y nada más estando simplemente alerta, observando, decía, o ni decía, y si querías hacer lo mismo que él para estar alerta y observar te terminaba picando todo el cuerpo, como cuando te mandan permanecer muy quieto para hacerte una foto, y a hurtadillas mirabas el reloj para echar cuenta de si ya habías permanecido suficiente rato atento. Y si le preguntabas "¿tú cómo lo haces?" te respondía con que cómo hacía qué. Pues lo de estar alerta, joder. Y pues que sin pensarlo. Fastídiase.

A él podía haberle preguntado el tema aquel de los árboles, en lugar de a mí; seguro que tan sabio hubiera sabido qué contestarle, seguro que sí. Pero paraba poco en casa; que andaba siempre Dios sabe dónde. Pero jamás alardeó de conocer mundo; para que vea usted lo que son las cosas.

Pero que ya le digo; si me retorcieran un brazo por obligarme a que diera un nombre a esas materias que digo se me figuran fascinantes terminarían por rompérmelo y el nombre no saldría...¿qué sé yo cómo se las pueda llamar?...¡Cornelia!...es la única sirvienta que ya queda en la casa, una institución de la que al cabo de tantísimos años no hay ya quién pueda hacer carrera de ella, seguro que me las ha escondido, que aborrece mi pipa...pero lo que sí puedo afirmarle es que nada tienen que ver con eso que los que se definen curiosos denominan percepciones extrasensoriales o pamplinas. No, eso no me llama en absoluto la atención; y no es que me parezca ni bien ni mal...¡vieja marimandona!...no vaya a pensar, es sólo que, figúrese, de lo sensorial a secas no veo yo que se preocupe casi nadie pero, del extra, encontrará a patadas gentes dispuestas a cortar trajes...

¡Hay que fastidiarse!

Lo que le digo: el mundo este es un disparate. Y uno aquí, sin una puta cerilla...

¡Cornelia!

-Y que luego se puso de pie y dijo pero todo esto que puede en el fondo interesarle a usted, usted ha venido con un porqué concreto y estoy sin derecho alguno haciéndole perder su tiempo y acompañeme y que le estuvo enseñando todas las dependencias de la inmensa mansión. Pero, antes siquiera de que hubiera terminado de entreabrir la primera de las puertas, ella lo miró con desconfianza y dijo no te creo, estás contándome una película y:

-Ya nadie vive así.

-Porque según ella esos ambientes nada más podían encontrarse en novelas del siglo XIX y "no desde luego en nuestro país. No. Ni hablar. Eso sólo lo podrías encontrar en Jean Plaidy o en Jane Eyre..."

-Y aquí él la interrumpió "no mezcles personas y personajes".

-Y ella admitió "es verdad, siempre creo que Jane Austen es el personaje, y es al revés".

-Y él tuvo que atajar "no, no, tampoco. Jane Eyre es personaje de Charlotte Bronte".

-Y ella preguntó "¿quién inventó en tal caso a Jane Austen?".

-Y él que "¡pero a Jane Austen no la inventó nadie!, su personaje es Emma".

-Y entonces va ella y dice "¡pero claro, qué lío me había hecho!, Emma Thompson, ¿cómo no se me ocurriría?".

-Y él ya miró para otro lado con un bufido y dispuesto a no decir ni una palabra más pero tampoco hubiera tenido tiempo porque ella ya estaba diciendo "bueno, a fin de cuentas me da igual. Quiero decir esas casas con cuadros muy oscurecidos por

el tiempo y alfombras y cortinajes con borlas, y tapices y porcelanas muy ming pero muy desportilladas".

-Yo estaba allí pero sin decir nada, por supuesto; ha bía llegado cuando la discusión estaba ya empezada y además no tengo la menor idea de si quedan aún lugares así o no.

-Una conocida mía dice que sí, que su asistenta tiene una hija que está de doncella en una de esas mansiones increíbles y que lo ha visto con sus propios ojos, porcelanas de Sevres y tapices Gobelinos...

-¡Figúrate, como que voy yo a creerme que ese pedazo de bruta sabe distinguir Sevres de Limoges y que una alfombra colgada de una pared no le pueda parecer el Bayeux!. De veras te lo digo, querida, eres terriblemente ingenua y muy propensa a tragarte todo tipo de patrañas.

-Porque, como yo me preguntaba: ¿qué hacía él allí en tal caso, me lo quieres decir?...joven, hágame el favor, sacarina y otra jarrita de sirope...y un Constable, ¡ja!, y caballerizas y pabellón de caza...¡pero si eso ya no se ve por el mundo!; no me extraña nada que no pudiera creerlo.

-Y, como ella muy bien le hizo notar: "¡los hombros tensos!, ¿el chico los hombros tensos?, ¡pero si es la persona más tranquila y con más cuajo que te puedas encontrar en la vida!". Y en eso tiene mucha razón, mira, que yo lo he visto pocas veces pero todas se me ha helado la sangre en las venas, que impone una barbaridad no te puedes hacer ni idea.

-A mí me parece que es que yo no le caigo bien...no sé ...las personas tan equilibradas me desconciertan tanto que me terminan poniendo muy nerviosa.

-Igual me pasa a mí.

-Pero, ¿dónde estaba la duda? - quiso saber, porque de repente le volvió el sentido que estábamos ya apuradísimas, los camareros recogiendo ya y barriendo y carraspeando y un poquito de agua, si tiene la bondad y la tuvo, que para nada de propina

que habíamos dejado esa tarde demasiado amable fue y se bebió un par de sorbitos y parece que se entonó y que dónde, preguntaba - ¿dónde estaba la duda: en si la mansión era en realidad como al parecer decía, en si él había estado verdaderamente allí o no, o en si era cierto que no tenía los hombros tensos y nada más se lo estaba pareciendo a aquel señor?

¡Apuradísimas!. Y los camareros recogiendo y carraspeando y barriendo y lanzándonos miradas asesinas y ella sin volver a su ser, que no volvía, y diciendo y parece que se entonó y que dónde y nosotras quisimos también probar a darle agua, que el camarero, para no haberle dejado ni propina aquella tarde, fue amable y nos la trajo y se bebió un sorbito o dos y ya parece que se empezó a entonar y preguntó que dónde...dónde cuando ya quién sabía, cuando después de tantísimo tiempo nadie teníamos un dónde ninguno guardado en la manga que poder sacar con disimulo y mostárselo y sin que ella pudiera alcanzar a ver la diferencia de si era un dónde de siempre o un dónde nuevecito y virgen, un dónde sin frustraciones ni traumas ni pasado.

-Ni problemas.

-Ni angustias.

-No sé, pero un dónde así a mí me parece que ni que aunque os volvierais locas buscando lo encontraríais en ninguna parte.

-Pues a mí me parece que tiene que haberlo.

Pero nadie, ninguna le hicimos caso, pensando cada cual en nuestras cosas y sin prestar atención tampoco a que para atenerse a la verdad, que había añadido, habría que haber sido más prolijo en pormenores y en detalles...

-¿Más aún?

...pero que...

-¡Chist!

...había estimado que para trasmitir una idea global de cómo el individuo era le había parecido más que suficiente

esta breve síntesis de aquella su primera entrevista aunque, dijo no obstante, para atenerse a la verdad habría que decir que.

Y, sí, habría que decir que en el tema de Dios se demoró bastante más y que no se limitó a lo que pudiera parecer juego de niños de la instalación eléctrica ni a aquello otro de la colilla que él jugaba a figurarse que tiró. Que no, que había hablado bastante más pero de forma muy dispersa y a ratos, incluso, como si estuviera enteramente solo, olvidado de mí que le había dicho por la mañana cuando le preparaba el desayuno y ¿quieres tostadas? pero contestó medio abstraído que no creo que por completo, preguntándose si no se tiene en la cabeza la idea de que Dios es una figura imaginable una imagen concretamente de hombre que había dicho, dice bebiendo café negro porque una nube cita de leche se la ofreció y tampoco la quiso y ella "¡este chico!", porque que está prácticamente seguro de que la mayoría de la gente piensa a Dios viejecito y con barba. Que tal vez alguno no por supuesto que puede haber quien no pero que en tal caso será para suponerlo como un conglomerado de fuerzas, de conglomientos, de poderes y unas cuantas cosas más que, en definitiva tampoco me deja a mí muy tranquilo, no crea, porque así viene todo a quedar muy a expensas al caprichoso arbitrio de los valores de cada cual porque, que preguntaba - pero mirando a la repisa de la chimenea y él ahora el grifo que ella ha abierto para aclarar la cafetera - ¿cómo se le antojará Dios a quien su pasión sean los coches de carreras y sienta una absoluta indiferencia por la música instrumental moderna? contestándose él solo que corriendo en Le Mans y envidiando, quizá, su colección de trofeos alineados en una vitrina y sin sospecharle ni por un momento estrella del rap.

Y que dijo es natural, después de todo que cada cual se fabrique su propio Dios a su propia medida porque ¿de qué nociones o conceptos podemos echar mano para alcanzar aunque nada más sea una remota visión de algo que no sabemos de qué pueda

estar hecho? lanzando ojeadas rencorosas a la pipa malditas ceri-
llas y odiosa Cornelia sin podérsela fumar.

-Y rebajarte a brindarle una pequeña ayuda - ha secado la cafetera y la ha colocado en el vasar, que cree que si no ha contado mal toda su prole ha desayunado ya -, ¿no podías?

-Pero sí es que no dijo en ningún momento que un meche ro le sirviera.

-No seas ganso que me pongo muy nerviosa.

-Pensé que podía ser más fascinante perseguir la solu ción que que le den a uno la respuesta. Yo al menos lo vi así.

-No sé - dubitativa, pasando las páginas de su libro de recetas y sin decidirse entre filetes de lenguado al whisky, de segundo plato, o pescadillas mordiéndose la cola y teniendo muy claro, eso sí, que lo que no va a hacer es decir ¿qué prefe- rís? porque entre tantísimos la volverían loca -, si es tan ancia no como dices ya habrá dado al tema todas las vueltas posibles.

-Por eso te digo - ha terminado el café y da vueltas ahora a la taza vacía -, le habrá dado ya tantas que no pensé que para nada fuera a encontrar satisfactoria la explicación que pudiera yo darle...además, imagina que la hubiera aceptado, ¿que iba a hacer entonces el hombre con el resto de su vida?

-Oye, pues mira - se ha decidido por osso bucco en sal sa de champiñones -, con esa parte del problema ya sí que hubie ras podido dejar que se las apañara él.

-No. Si encima hay que fastidiarse.

-Ea - y guarda su libro, que hoy, como casi siempre, va a cocinar de memoria y que sea lo que Dios quiera -, que lo siento mucho - satisfecha de su decisión porque sabe que el pes cado les tira muy poco -, pero no se puede ser tan paternalista.

-Esa sí que es muy buena. Nunca había oído nada mejor.

-Pues a ver qué esperabas.

-¿Esperar?. Nunca espero nada que esperar.

-Bueno, pero no te enfurruñes...¡cariñito de mamá!

-¡Mamá, por favor!

Porque ciertamente el chico es quizá demasiado serio, las amigas de su madre lo dicen, y las zalamerías lo pueden sacar un poco de quicio, hacerle sentir tal vez incómodo; pero ella no puede remediarlo, dice, es cariñosa por naturaleza y no le da la gana reprimirse y es mi hijo, sí, ¿verdad?, pues que se aguan-
te. Dice.

"Y a mí, cuando oigo esas cosas se me llenan los ojos de lágrimas y me muero de envidia".

Y es verdad que se le llenan aunque morir se no se muere, que es sólo una forma de decirlo, y hoy está en realidad contenta porque una vez a la semana hoy es su día grande, la tarde que sale para venir a jugar la partida y liberarse un poco de mi casa y los míos que aquello es un infierno casi. Aunque otros días dice otra cosa, según cómo la pille, y se lamenta de que también a ella le gustaría ser cariñosa con los suyos tan guerreros que son pero que no le quedan ni ánimos después de tantas energías como tiene que emplear en sobrellevar el problema tan agotador de la abuela. Por las mañanas, sí, por las mañanas antes de saturarse podría ser cariñosa, pero es precisamente por la mañana cuando todos los demás se pelean, dice, a grandes voces, y mirando atribulada sus cartas porque venir le gusta pero no puede tener la soltura que nosotras que nos juntamos cada tarde.

-A grandes voces - y pone sobre el tapete una carta pequeña, que mal empezamos - desde el cuarto de baño; sí, en camiseta y con la cara blanca toda de espuma de afeitar.

Abrió la puerta que se estaba afeitando, en camiseta, y dijo que no podía, que no lo podía resistir ni un minuto más y ¡por lo que más quieras!. Apágalo, arráncalo, títalo por la ventana el aparato ese horrible debía de ser por lo que a continuación dijo. Lo que quieras, pero no lo aguanto ni un minuto más. ¡Está loca! ¿Se pueden de verdad soportar esos decibelios?

-Cuando él mismo se lo había regalado - dice y te toca

a tí cuando habíamos hecho una baza completa y era a ella a quien volvía a tocar, pero, como dicen éstas pobrecilla, déjala - a pesar de que le advertí que no me parecía oportuno y me parece que ya tenemos bastante animación, no creo que estemos necesitando más. ¡Pero como es su ojito derecho!. No se da cuenta. Claro, que como nunca está, tal vez sea lógico que no esté obligado a comprenderlo.

"Fíjate, servilletas de papel".

-Esa se nota que es la abuela. Que la semana pasada lo contó también.

-¿Y vosotras qué cuchicheáis?

-Nada, nada.

"Teniendo yo mis buenas mantelerías de batista holandesa. Yo, con quien me tenía que haber quedado era con mi Sísifo que me la bordaron a mí las monjas guapísimo con sus charreteras y un sable así al través. No, no, yo no que me caeré. Y mi baldaquino con su mosquitero. ¡Ay Dios mío!. El moño sin hacer y ya son las doce. Una auténtica lindeza. Tres costillas y don Treverciano sin aparecer, aunque desde fuera no se notaba y ¡aque llos tirabuzones! pero cuando quisieron poner la silla no cabía. ¡Pero si siempre viene a darme la comunión antes de las diez! Dorados y como de seda. Pues como un trozo así de grande, y ya se quedó mudo, sí que faltaba. ¡No me la quites, no me la quites! ...¡¡Nooooo!!...Me dijo dilo, dilo pero tuve miedo. Lo sabes de sobra, y ese marido tuyo...bueno bueno bueno bueno. Lo sabes de sobra. Ah, pero me va a oír y el pésame de mi madre que no me lo dio. Pues ya lo estás viendo. Muy bien plantado y muy señor, pero ¡malo!, malo malo malo malo. ¡¡Sísifo!! Pécora, pécora, tráemelo. En la mejor mantilla de la abuela debajo del sicomoro y Coturna llorando señora, señora. Decían que no, que era el muro y ella ¿y mi mantilla?. Pero él no lo iba a decir. Eutimio dijo que ya lo había enterrado él y pintaron otra vez. ¿Pero dónde se ha visto el muro más grueso en el piso alto que en el bajo?. Y

ladrona, ladrona, gritaba. Pero no apareció".

-Y eso es todos los días - que como ya digo que a veces se lo toma con calma hoy puede recordarlo sin agobio -. El pase empieza, sin falta, a las siete y veinticinco de la mañana. Un día que falló nos dormimos y llegaron todos tarde. Pero como siempre lo dice en el mismo orden ¿quién ata cabos ya?. Mi madre de algunas cosas sí se acordaba, aunque era muy niña, pero no para seguir el hilo - pues fíjese dice hablando sola la señora de justo a mi lado, que teje una bufanda que me parece que me va a faltar lana y no parece en absoluto preocupada -. Luego, por la tarde, la cantinela es otra; ahí habla de un negro - ah, un negro, la de la bufanda, muchos de los que han comparecido han dicho de un negro, pero nosotras hacemos como que no la oímos porque las señoras que tejen y hablan suelen ser insustancialmente charlatanas -, y de alguien que al parecer viajó a un país lejano...

-También de eso dijeron - sin perder punto la de la poca lana -, pero no es conveniente dar crédito a todo lo que se habla.

-...y de unos pasquines pegados a a la puerta del corralón.

-Bueno - y sé que lo que digo es nada más por decir algo, que es muy fácil ser evasiva cuando no es una la que está involucrada -, pues con no hacerle caso.

-¡Ah, sí, eso se dice muy pronto!...

-¡Pronto? - alzando la voz la que habla sola -, no se hace usted idea de la de tiempo que llevo aquí, y total para una intervención tan breve como la que traigo preparada...porque yo a lo del negro no me apunto, ¡Dios me libre!

-...me gustaría verte a tí ahí. Todos los días igual. Cuando se marchan ya todos, y me quedo sola con ella, no sé si lo prefiero o es peor...- y un poco escrespada que se ha puesto conmigo parece que de repente se le borra para inquirir estiran

do el pescuezo -: ¿usted está enterada de lo del negro?

-Bueno, enterada lo que se dice enterada...es una historia un poco rara...

-Igual decía mi madre.

-Rara y...¡tan absurda!...y para colmo, no sé si ustedes estarán informadas, parece que eran dos, uno claro y uno oscuro...¡vaya, me he equivocado!...como ustedes me distraen he bailado dos...el claro era el dormido...

-Pues entonces no, el que decía mi abuela era uno, muy oscuro y enteramente despierto.

-En fin...no creo que se note mucho...

-¿Cómo no se va a notar? ¡De un negro claro dormido a un negro oscuro despierto va un abismo!

Cálmate, le dije - dice ésta contándonoslo - porque me pidió que la acompañase y, bueno, me fui con ella porque dijo salgo tan poco que me noto no sé, como extraña y con miedo de no dar pie con bola y hacer el ridículo y yo le dije vamos, mujer, ¡qué tontería!, pero la verdad es que lo dije nada más por animarla y pensando para mis adentros ¿qué necesidad tienes? - y nos mira en redondel, una por una, como solicitando consenso de ¿verdad que no tenía necesidad? pero nosotras, todas, nos hacemos un poco como que sin querer las distraídas y nos centramos en el juego, que no sabemos mucho qué es lo que más conviene responder.

-¡Vamos, no seáis hipócritas! - porque nos tomamos tan en serio lo de ser normales que a veces se nos olvida que podemos comunicarnos sin decir palabra -, ¡lo sabéis perfectamente! - con tanto realismo y tan alto como cuando organizamos bronca; pero si la bronca nos reafirma en nuestra identidad, estas privacidades, así, tan de viva voz tan demasiado viva, no sé yo si no es dar un cuarto al pregonero y ponernos en evidencia -, lo que a vosotras os pasa es que quereis deshaceros de ella.

-¡Huy qué liosa!

-¿Eso dijo?

-Así, como lo estáis oyendo.

-Y a lo mejor hasta con ese mismo desparpajo.

-Bueno, desparpajo puede que un poquito menos, que como estaba nerviosa...Y yo le dije cálmate, la señora habla de sus puntos. Y ella dijo ah, bueno.

Que me vi negra para desviar la conversación, por cierto, porque yo delante de estas brujas no quiero levantar sospechas y que se empiecen a promover comidillas de porque vosotras, ¿de qué bando sois? pero tuve suerte de que ésta, mi compañera de partida, que siempre hacemos pareja, vio mi apuro y se lanzó igualito que una ametralladora que me dejó perpleja y:

-Sí, muy nerviosa - decía, y dándonos tantas cartas de más a cada una que dijeron pero a qué estamos jugando, y las tuvo que recoger y dar una ronda en condiciones, de julepe, me acuerdo -, algunos días incluso francamente desesperada, dice Onfalina, y a pesar de que es una persona muy paciente pierde los estribos y se pone a llorar como una histérica y que, hace poco, contaba, cuando les estaba poniendo el desayuno empezó a pegar gritos y estrelló el cazo con la leche caliente contra la pared y a Órlide que si no podía prescindir de su heavy metal ya se podía ir marchando de casa y, al niño, que las iguanas no las quería volver a ver y que la tortuga y el hamster y los peces de colores tampoco.

-¿Onfalina? - pregunto yo, por dar realismo.

-Sí, una conocida común - y me hace una seña, con disimulo, que la pillo al vuelo -, muy amiga de ella. Pero la abuela es de Costancia, claro, ya lo sabes, madre de su madre. La madre murió relativamente joven, pero, la abuela, en cambio, ahí la tienes con noventa y muchos.

-No, ¡bueno! - digo -, si yo también la conozco muchísimo; pues que pueda hacer, qué te diría, pues como que siete u ocho años, pero mira que a mí nunca me comentó nada. Fíjate que

yo incluso pensaba que era una mujer sin problemas, mimada por un marido de esos que se desviven y dos hijos estudiosos y tan formales y eso que nos vemos con cierta frecuencia - largando yo sin respirar porque ya que me está dando el pie no quiero quedar me descolgada -, pero de su familia a mí me habló siempre poco; con decirte que no sabía ni que la abuela viviera con ella. Del chico bastante, y de su manía de tener bichos. Cuando le digo a mí me pondrían nerviosa dice no mujer son graciosos. Y que Órlide siempre está escuchando música y que el marido un hombre de empresa sumamente ocupado. De la abuela sin embargo siempre pensé que la veía de tarde en tarde; nada más de visita.

-¿Te imaginas casi cincuenta años y tener abuela todavía? - no sé cual lo ha dicho, pero cualquiera sirve porque como en las conversaciones a nadie le gusta quedarse fuera...

-¡Y yo que no conocí a ninguna de las mías! - ha suspirado y yo me creo que ya se calla, que para disimular el equívoco ya basta y podemos ya seguir jugando y hablar pues de lo de todos los días, pero parece que le ha cogido el gusto, porque dice -: pero sí alcancé, ya ves tú, a conocer al bisabuelo Pragmanio; una visión muy desdibujada, natural, pero sí que conservo de él algún recuerdo aislado, imágenes medio diluidas de una casa enorme y muchísimos perros. A veces, cuando veo según qué tipo de películas, parece que me acuden retazos pero no llego a estar segura del todo de que sean evocaciones de mi propia memoria y no sensaciones experimentadas por otros que las hayan trasmitido con mucha viveza, sin ni darse ellos mismos cuenta. El tío Numenio tenía esa habilidad, lo que escucharas salido de sus labios te parecería poderlo tocar y oler, lo mismo que si lo estuvieras teniendo ahí delante de los ojos.

-Idéntica cualidad - porque metidas en harina yo no me pienso quedar atrás - tiene mi tía Polimnia aunque ella, en lo que se refiere a dar coherencia a sus relatos, es una verdadera nulidad. Te lo coloca siempre todo mezclado, tan revuelto que te